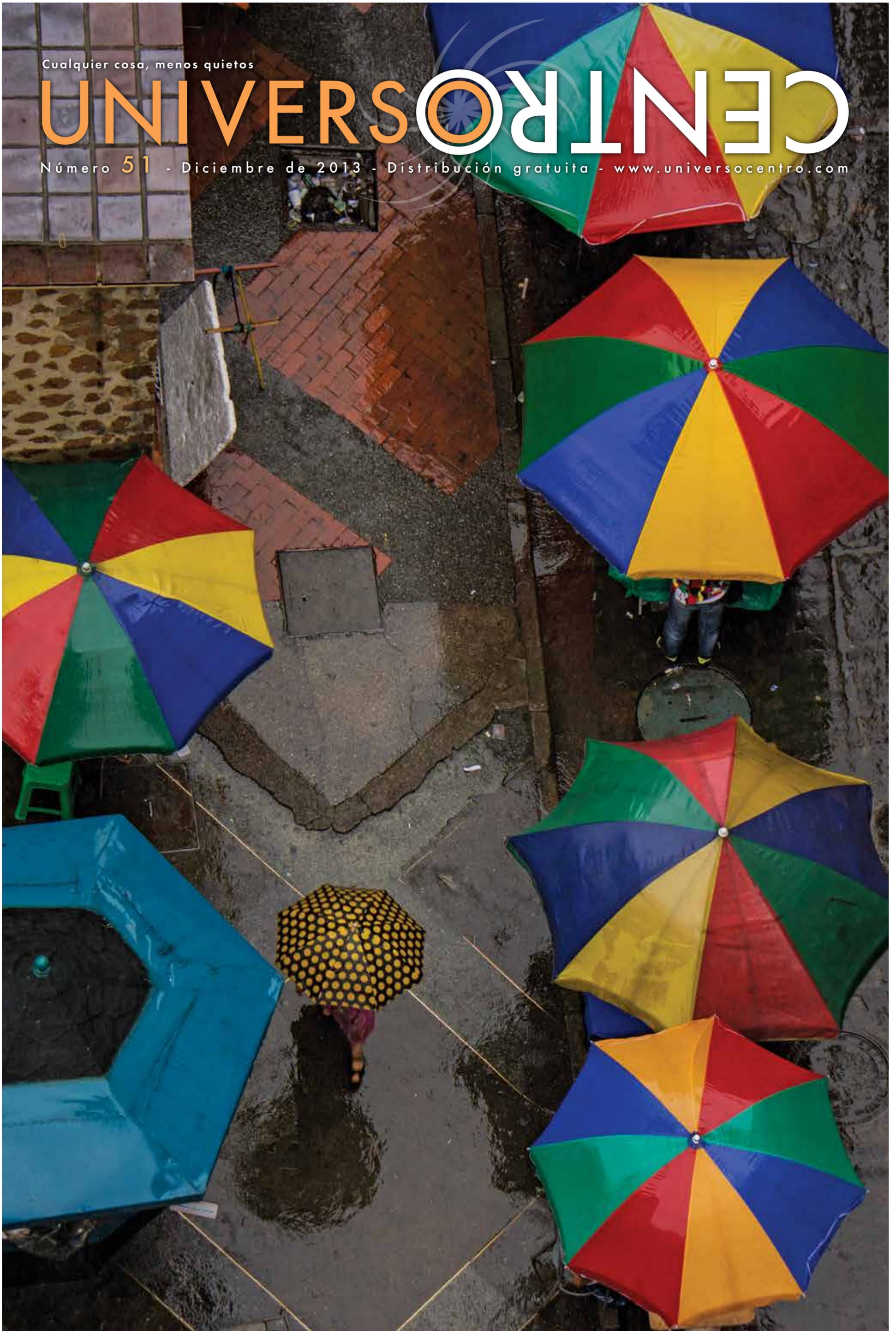


Cualquier cosa, menos quietos

# UNIVERSO CENTRO

Número 51 - Diciembre de 2013 - Distribución gratuita - [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



6

La mujer de Don Verga

8

¡Mataron a Pablo!

13

Sociedad espectadora

19

Las mulas del Amazonas

22

El álbum de mi cabeza

26

El Capitan Franco

28

El ascenso de Salomón

UNIVERSO CENTRO  
Publicación mensual

## DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

## EDITOR

— Pascual Gaviria

## COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

## ASISTENTE EDITORIAL

— Paula Camila O. Lema

## DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

## DISTRIBUCIÓN

— Sandra, Didier, Daniel y Gustavo

## CORRECCIÓN

— Equipo UC

## ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la  
Corporación Universo Centro

Número 51 - Diciembre 2013

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

## Polvorada



Foto tomada de Telemedellín Noticias

Un reciente festejo decembrino ha generado una interesante disputa entre partidarios y contradictores de los estallidos y la niebla polvorosa. Los historiadores de la violencia reciente dicen que nació luego de la desmovilización paraca en noviembre de 2003. Repartieron pólvora sin plomo para festejar y escogieron la llegada de diciembre para tronar. Entre noviembre y diciembre se regó el estruendo y algunos comenzaron a señalar ese alboroto como un antojo criminal. Para muchos la alborada se convirtió en una muestra de la cultura mafiosa. Otros encontraron un día para la fiesta, sea con pólvora o sin ella. La pregunta es si estamos llevando la idea de la cultura traqueta a todas nuestras diferencias. Como una especie de comodín. En Universo Centro hay amigos y contradictores del alboroto. Es seguro que algunos pillos compran y administran la artillería. Pero tal vez sea ligero vincular la barbarie mafiosa con la adhesión espontánea de buena parte de la ciudad a la alegría del estruendo. Tres citas literarias pueden dar luces de ese gusto primitivo y vigente.

“Nosotros, como todos los niños de Antioquia, fuimos polvereros: hacíamos papeletas durante días y días, por gruesas, gruesas y gruesas para el veinticuatro. Así Medellín en diciembre se volvió un peligro; estaba uno tranquilo en su casa, haciendo globos o papeletas, cuando de súbito, más cerca o más lejos, sin avisar, se oía la gran explosión: había estallado una casa...Las autoridades tomaron cartas en el asunto, y prohibieron las polvererías en las cas de habitación. Pero esto regía para los profesionales, que eran los menos ¿Y para los aficionados, que eran los más? Las polvererías propiamente tales se convirtieron entonces en casetas de tabla ubicadas a lo largo de dos o tres cuadras, en una sola calle. Así en vez de volar una sola, volaban todas: veinte, treinta, cien polvererías que estallaban en una explosión escalonada, ¡pum! ¡pum! ¡pum!”

Los días azules  
Fernando Vallejo

“...la pólvora canta el Gloria in excelsis Deo, en un ¡chis pún! arreíto. Ya que no con la palabra ni con la oración colectiva, nos comunicamos y unimos en Cristo por medio de los cohetes. Los de las cordilleras circundantes convergen a Medellín; los de Medellín se riegan por las cordilleras. Se cruzan, se traban, se combinan y, aunque por instantes tan sólo, le rayamos el Cielo al Niño con lápiz de candela; se lo poblamos de jeroglíficos y desde las alturas le desgajamos espiras, tirabuzones y culebras; le inventamos un Sinaí de tronamanta alegre, y le hacemos descender, no el fuego vengador de Elías, sino estos bólidos multicolores y deslumbrantes, que no se vieron en Belén de Judá.

Siguen los luminaires por abajo; que alguna vez habrá de imitarse lo del cielo. Por dondequiera se inflaman las bengalas, dispáranse chorrillos y pañueletas, arden infiernos y gargantillas, estallan casacas y petardos, y el buscapié y el triquitraque persiguen a cristianos y espiritistas. Pues es de saberse que, en tales fiestas, si los adultos derrochan en juguetes, los chicos, por más que papá vaya a prender la casa, gastan en pirotecnia cuanto consiguen en ese mes propicio. La pólvora es pasión del antioqueño. Si no es amor al humo, será señal de heroísmo; de gloria, en todo caso.”

Grandeza  
Tomás Carrasquilla

Poner a Don Berna como regidor de nuestras costumbres nuevas y viejas puede ser una generalización inconveniente. Es muy fácil señalar a la cultura mafiosa como el principio de nuestros silencios y nuestros estruendos. Pero es seguro que no es el origen de nuestro gusto por el ruido y el guaro. ☹

“-Esas mechas pónganlas largas -grita el patrón a los mineros. Y volviéndose a Rivas: -¿No ve? Hacemos encender las mechas, saltamos al ascensor, damos la señal para que nos suban, y como las mechas dan suficiente, nos apeamos a la salida de la galería de El Siete al pozo, que está a unos cuarenta metros de altura, dejamos seguir el ascensor solo, y allí, bien resguardaditos, asistimos a la detonación de las minas. Es muy bonito; ¿no ve? En medio al fogonazo se ven saltar las rocas, trituradas; parece, a la explosión, que se viniera abajo todo el cerro, y el ruido va reumbando, va perdiéndose hasta extinguirse en la red de los socavones. -¡Oh, soberbio, magnífico! exclamó Rivas, el teniente Rivas-. ¡Ah!, el fragor de las descargas, el olor a pólvora... mi sueño... mi elemento.”

Lorenzo  
Efe Gómez

La identidad es una palabra ubi-cua e inaprensible. Está en boca de todos y nadie sabe qué contiene. Escritores, sociólogos, publicistas, antropólogos y conversadores de banca intentan sus definiciones. También los taxistas tienen su versión particular. Cuando se trata de la identidad paisa el asunto se complica, porque algunos genealogistas aficionados y montañeros de postín hablan de raza. Y la caricatura se impone por repetición y por el día del campesino en el patio de la primaria. Jorge Orlando Melo ha definido con precisión el pantallazo que entrega una búsqueda sencilla a la pregunta por esa palabra: la antioqueñidad: “Quien entre a Internet y busque las páginas sobre Antioquia tropezará con una visión fundamentalmente folclórica, convencional y tradicionalista de la cultura antioqueña: no es la vida de las ciudades, no es el mundo de la industria, no es la literatura de Fernando Vallejo lo que constituye la identidad antioqueña, sino el carriel, el tiple, los ancestros blancos e hidalgos, el aguardiente y ciertos rasgos psicológicos (rezandero, tumbador, trabajador, emprendedor, ingenioso, bebedor) que solo los antioqueños —aunque no todos— tendrían”.

La gobernación de Antioquia y Eafit, acompañados de un “equipo experimental”, un “equipo etnográfico” y un “equipo de expertos”, intentaron actualizar la versión actual de los habitantes del departamento. Encuestas, observaciones, juegos económicos y deducciones forman el libro *Valores, representaciones y capital social en Antioquia 2013*. Leyendo las cifras y las respuestas pensé en la reciente exposición Antioquias en el museo que no es de Botero: una revisión a los lugares comunes y las exaltaciones pasadas. Los artistas se encargan de deformar versiones, subrayar despropósitos, tachar frases y terminar historias. El libro hace lo mismo a su manera. Traduce las respuestas, los comportamientos y las actitudes de los observados.

Una de las salas de la exposición estaba dedicada a *Horizontes*, esa especie de himno pictórico, y el primer dato revelador de la investigación nos muestra que la tela sigue siendo un buen retrato de nuestros movimientos: la mitad de los entrevistados no nació en el municipio donde vive. El dedo del campesino aún señala la ruta de los andariegos. La pregunta acerca del motivo de la “huida” nos hace pensar en la

## encuestas paisas

por PASCUAL GAVIRIA

Fotografía: Juan Fernando Ospina



fatalidad del desplazamiento por violencia; las respuestas tranquilizan un poco: la búsqueda de trabajo y oportunidades es la principal motivación de los migrantes. La violencia ha movido a cerca del diez por ciento en las regiones más duras: Urabá y el Bajo Cauca. Se explica esa nostalgia montañera y familiar que viaja entre pueblos y ciudad. La gente también deja la montaña: el cincuenta por ciento de quienes respondieron tiene algún familiar fuera del país y recibe un giro mensual, un relato sorprendido y una visita ávida en diciembre o agosto. No es raro entonces que el Parque Berrío pueda parecerse tanto a la plaza de Concordia, ni que Antioquia sea el segundo departamento que más giros recibe de sus hijos pródigos.

Luego de confirmar un mito vale la pena tumbar algunas certezas. La familia numerosa y patriarcal es solo una minoría pintoresca, un recuerdo sin retrato. En eso sí fallaron los pintores de finales del XIX y comienzos del XX: no nos dejaron la imagen de la mesa larga, quizá les parecía un tema privado y anodino. Ahora la mesa es pequeña, y seguro comen a destiempo: el 48 por ciento de los hogares de Antioquia están formados por tres personas o menos, y

jalando, creo. Además, el antioqueño resultó menos ligado a las iglesias. No necesitamos tanto intermediario, somos rezanderos por cuenta propia. El 38 por ciento dijo pertenecer a una organización religiosa, mientras que en Colombia los “miembros de número” de una religión marcaron 77. Se habla de una relación simplemente cumplidora con la religión, un dogma escrito que no toca la moral. Y la “sicaresca antioqueña” recibe su bendición de virgen y plomo.

La pujanza sigue siendo la cualidad preferida de los antioqueños. Por eso existe Medellín del Ariari, y por eso los graneros de Getsemaní en Cartagena están ordenados como los de Mariquilla. El 66 por ciento también dijo que les importaba más el beneficio particular que el general. Ambos datos sirven para alimentar la discusión sobre la ciudad más innovadora en la exportación de cocaína. Para muchos son coincidencias, ventajas estratégicas y habilidades comerciales, talentos y suertes que alimentaron un negocio extravagante; para otros son debilidades morales y oportunidades a tiempo, carencias y descomposición social. Nos queda la tranquilidad de que las respuestas definitivas son imposibles.

Hay cifras para la frase de almanaque y para la reflexión de cafetería universitaria. Por ejemplo, confiamos más en las empresas privadas que en las entidades públicas, por historia o por experiencia. En últimas, la Sociedad de Mejoras Públicas formó la ciudad, y el Grupo Empresarial Antioqueño decide, en buena medida, cómo se reforma. También la violencia entrega sus paradojas. Las zonas más interesadas en la política son las más afectadas por la violencia. Uno no sabe si los actores armados resultan convincentes a punta de plomo y plata, o si los ciudadanos más indefensos buscan un bando. Al menos los extremos son una minoría. En 20 por ciento están en el dogma y la confrontación: el 6 por ciento a la izquierda y el 14 por ciento a la derecha.

El libracó, con sus cuadros y sus conclusiones, es una interesante confesión de parte de un buen grupo de antioqueños, con verdades para el papel carbón y mentiras de entrevista de trabajo. ☹



# IN VINO VERITAS

Hay más filosofía en una botella de vino que en todos los libros.  
L. Pasteur

por JULIEN YON

Ilustración: Camila López

Me sostengo desde arriba de la máquina, aferrado a las barras de seguridad pegajosas por el jugo de uva. Bajo mis pies, la máquina se traga una era del viñedo, la sacude, le quita las semillas, lleva las uvas en la banda y las vierte en los dos cubos profundos situados a lado y lado. Observo los movimientos sin fin, circulares, las uvas que suben; avanzamos, los cubos se van llenando.

Detrás, algunos recolectores nos siguen con un par de tijeras y un recipiente; van recogiendo las uvas que resistieron el empujón de la máquina. Enfrente, un paisaje de viñedos infinito, en algunos puntos unos bosquecillos, y al final un pueblito apretujado contra una torre de iglesia. En el extremo de la era hay un contenedor gigante pegado a un tractor cuyo conductor se fuma un cigarrillo. Mi padre asiste a la operación, vigila el cielo, la hora, se come algunas uvas pensando en el vino que vendrá, en la cosecha que comienza lentamente su fermentación en la bodega de vinificación y en la que aún crece pegada a las ramas del viñedo.

Corre el mes de septiembre, el verano ha terminado de madurar las uvas. Es el ritual anual de la vendimia, el fruto del trabajo de un año de cultivo que se resuelve con la fabricación de un vino nuevo. Es el ciclo que rige mi vida, la de mi familia, la de toda la región.

Bajo por una pequeña escalera metálica en el momento en que la cubeta de la máquina vierte los frutos recién cortados en el contenedor. Cuando la operación ha terminado subo al contenedor, me siento en el borde y pongo mis pies sobre las uvas; busco lagartijas, mantis religiosas, arañas, mariquitas que han caído allí y que tiro afuera. El tractor tose su humo y vamos hacia la bodega de vinificación brincando sobre varias toneladas de uvas. Pienso en los insectos, en mis manos pegadas al borde del contenedor de donde no quiero caer.

Al llegar, salto al suelo, entro en el edificio fresco y amplio de piedra, mis ojos no ven nada, enceguecidos por la oscuridad interna, paro un instante.

A mi derecha se abre un corredor lleno de cubas; de un lado las cubas en acero inoxidable que contienen el jugo de las uvas verdes que comienzan a fermentarse, las primeras que se han recogido.

Las cubas metálicas brillan, tienen encima una tela húmeda para mantenerlas frescas y evitar que la fermentación se acelere. Toco una de las paredes de la cuba y ya está tibia. Como estoy solo aprovecho para servirme un vaso de una de las llaves que sale de las cubas. El jugo azucarado pica la len-

gua, veo en el vaso las burbujas que se activan. En mis manos tengo miles de levaduras que transforman el azúcar en alcohol. Una vez termino, subo por la escalera sobre la plataforma de las cubas de concreto que bordean el otro lado del corredor. Arriba hay una hilera de tapas abiertas, de algunas sale un ruido de burbujas. Encima de una de las tapas un enorme tubo vierte lentamente las uvas llenas de jugo. Vigilo el llenado lento de esta caverna sin fondo donde resuena el eco de los gritos que emito jugando. Es aquí donde las uvas rojas van a macerarse durante algunas semanas para comenzar luego el proceso de fermentación. Esta infusión dará al vino el color y los preciosos misteriosos taninos.

En el aire hay un olor fresco, húmedo, dulce, a fruta madura. Bajo de la plataforma y sigo los tubos que serpentean en el suelo y salen al exterior.

Unos gritos que vienen de la casa de abajo anuncian el almuerzo; corro a comer pero sobre todo a escuchar las historias de los obreros. La comida es abundante, el vino no falta, todo el mundo parece cansado pero todos están alegres. La jornada es larga, dormimos poco. Las uvas maduras deben cogerse rápido, pues si esperamos la podredumbre las devorará. Son los últimos días de cosecha y comenzamos a prever la *gerbebaude*, una cena de celebración ofrecida por mi padre para celebrar el final de la vendimia, una tradición que continúa. Alrededor de la mesa se recuerdan momentos del año que pasó y de las vendimias pasadas, la vendimia manual que no conocí. Es una época no muy lejana que cambió con la llegada de la máquina recolectora.

Anteriormente la región acogía inmensos grupos de recolectores provenientes de todos los rincones de Francia, gitanos, roms, que recorrían las regiones vinícolas al ritmo de la madurez de las uvas: Provincia, Languedoc, Bordelais, valle del Ródano, valle del Loira, Bourgogne, Champagne, Jura, Alsace, la vuelta a Francia de las denominaciones. La cosecha manual subsiste pero no es la norma. Algunos productores la mantienen, marcas prestigiosas, ciertos vinos particulares que lo exigen o, en nuestro caso, algunas parcelas inaccesibles a la mecánica. Para esa ocasión sacamos las canastas y las tijeras podadoras; esto nos ocupa casi todo un día. Entonces las eras se llenan de risas, chistes, chismes locales, toda clase de anécdotas marcan el ritmo del trabajo. Guerras de uvas, historias de amor, borracheras, peleas, bautismos báquicos—que consisten en empujar al novicio en un contenedor lleno de uvas—, robos, fugas, accidentes, los duros años lluviosos o los llenos de sol..., la vida intensa de ese mes del año en el que todo sucede; el mes de Dionisos, quien desde su carroza reina sobre el paisaje verde manchado de púrpura.

El primer vino se remonta al inicio de la gran primera revolución. Salí de viñedos salvajes del Cáucaso, la actual Armenia; luego esta práctica se extendió a la media luna fértil (Palestina, Siria, El Líbano...) a principios del Neolítico. Comenzábamos a ser una especie sedentaria, a domesticar la naturaleza y a crear las primeras herramientas: pulir las piedras, la cerámica, tejer. ¡Había que celebrar todo lo alcanzado!

No sabíamos ni leer ni escribir, ni forjar, ni utilizar la rueda, solo sabíamos fabricar tortillas de cereales y hacer cerveza. Faltaba este elemento clave de la civilización mediterránea, surgió de Vitis, esa liana primitiva de la que se consumían los frutos 400 mil años atrás y nos acompaña desde que somos *Homo sapiens*. *Sapiens*, adjetivo del latín *sapere*: 1. que tiene gusto, que percibe los sabores, que comprende, que conoce. 2. que es razonable, sabio, inteligente.

La experiencia sensual que lleva a la sabiduría.

Se puede decir que la uva participa desde hace miles de años en la inteligencia del hombre.

En su origen el vino se utilizó sobre todo en los ritos funerarios. La viña es una planta que muere cada invierno y renace en primavera; el vino, acompañaba al muerto, dándole acceso a un renacimiento en el más allá. También era indispensable en las ceremonias, como ofrenda a los dioses y a fuerzas de la naturaleza. Era un vehículo privilegiado de la búsqueda espiritual y sus celebraciones. Las famosas libaciones hacían el enlace entre los hombres y el cielo, el reino de los dioses y espíritus, ayudadas por la imagen de la viña de profundas raíces, su cepa y sus ramas que suben hacia el cielo. Absorber este líquido sagrado, sentir la embriaguez, abría al diálogo con las divinidades y a la comprensión del mundo, su conocimiento, ese saber estrechamente ligado a lo espiritual.

En Mesopotamia, y después en Egipto, fue la bebida de reyes, faraones y personalidades religiosas. Fue en Grecia donde el vino empezó poco a poco a “democratizarse”, a través de la divinidad con la que hasta nuestros días se ha asociado: Dionisos, que los romanos adoptaron bajo el nombre de Bacchus. Este joven dios originario de Asia es el gran precursor del vino en el Mediterráneo. Vaga en compañía de su cortejo de sátiros y ménades, y siembra el viñedo en la tierra mientras instala su culto. Dos grandes periodos le fueron consagrados: uno en primavera, a la imagen del viñedo, como Dios de la fertilidad y del renacimiento de la naturaleza, y otro en el otoño, al momento de la vendimia. Estas fiestas detenían toda actividad, y se invitaba a todos los habitantes a los sacrificios y libaciones. Comer simbólicamente la carne y beber la sangre del Dios permitía la fusión con él. Dios de la embriaguez, Dionisio liberaba así la alegría y la locura. Durante el trance místico, liberación de pulsiones y frustraciones domadas el resto del año, los hombres y mujeres se desataban disfrazados de sátiros y ménades y recorrían la ciudad en una especie de carnaval desbocado. Fue durante estas fiestas que nacieron la comedia y la tragedia griegas, puestas en escena de las pasiones que exploraban y ponían a la luz del día la oscuridad de los hombres y sus catarsis. Domesticando la embriaguez, Dionisio enseñó a los hombres una nueva forma de conocerse.

Fuera de estos periodos el consumo de vino estaba reservado a las clases sociales altas como símbolo de civilización. El vino se tomaba siempre mezclado con agua, en reuniones de hombres con música, bailes y juegos, todo esto bajo la armoniosa presencia de Apolo, dios solar, figura por excelencia del refinamiento.

Los romanos adoptaron de los griegos la cultura del vino y la diseminaron

alrededor del Mediterráneo hasta Europa del norte y del Este al ritmo de conquistas y relaciones comerciales. Nuevas cepas se seleccionaron y se adaptaron al clima más frío, la producción del vino conoció una verdadera época dorada; miles de ánforas se comercializaban alrededor del mar, subían ríos y recorrían territorios para alimentar a Roma y a las diferentes provincias del Imperio y la República.

El fin de la Antigüedad y las grandes migraciones provocadas por las invasiones bárbaras perturbaron un poco la cultura del vino, pero esta se perpetuó gracias a la instauración definitiva del cristianismo en Europa, con el vino como uno de los dos elementos esenciales de la eucaristía.

El viñedo y el vino son un símbolo fuerte en los evangelios. Jesús se presentó así a sus discípulos: “Soy el verdadero viñedo y mi padre es el viticultor”; “soy el viñedo y ustedes los sarmientos” (Juan, 15, 1-5). Llama la atención que su primer milagro haya sido durante las bodas de Caná, cuando transformó el agua en vino; este simbolizaba la unión de la pareja y hacía falta en la celebración. El símbolo se vuelve ineludible en la cena, donde el líquido sagrado sella la nueva alianza entre Dios y los hombres. El pan y el vino, la carne y la sangre, de nuevo reunidos.

Los obispos se volvieron los maestros del vino, en monasterios de diversas órdenes y abadías, y poco a poco la cultura del vino se desarrolló en los señorios. Era indispensable entre la aristocracia, así fuera solo para recibir a los invitados. Luego se fue haciendo más y más común. A partir del siglo XI llegó una segunda época dorada. Europa se cubrió de viñedos y el comercio hacia Inglaterra y Holanda se intensificó, lo que enriqueció a Aquitania, Francia, Portugal y España. Los misioneros españoles llevaron plantas de viña en los barcos que iban hacia las Américas, donde comenzaron a cultivarla en el siglo XVI en la costa oeste del sur y del norte. Por otro lado, los holandeses se establecieron en el sur de África durante la segunda mitad del siglo XVII, y los ingleses en Australia a finales del siglo XVIII. La viticultura continuó su viaje.

A principios del siglo XXI mi abuelo, viticultor de un pueblito francés de Gironde, mezclaba el vaso de vino cotidiano con la sopa que quedaba en el plato, se lo llevaba a la boca y bebía hasta el final. Hacía “*chabrot*”, antiguo gesto occitano, mientras mi abuela bebía su vaso de vino cortado con agua. A unos kilómetros de allí, en las bodegas de vinificación, los grandes vinos bordeleses se añejaban en barricas de roble; vinos de precios exorbitantes que serían servidos en las mesas más ricas del planeta. Estos dos tipos de vino—uno humilde, simple, franco; otro lujoso, refinado, seductor—ilustran la diversidad del consumo y de las prácticas culturales y de vinificación que desde un mismo principio fundaron todo un arte.

De la matriz de la naturaleza salvaje el hombre separó, seleccionó y multiplicó las plantas y animales que le servían para sobrevivir, hasta que se reinventó el reino vegetal por medio de la agricultura. De las múltiples variedades de viñedos salvajes el hombre sacó variedad de cepas, que combinadas con el terreno y los climas dieron diversidad de uvas



de vinos. Con el paso del tiempo y la experimentación nacieron las filas kilométricas de botellas que componen la carta de vinos actual. Rojos, blancos, rosados, secos, semisecos, dulces, licorosos, jóvenes, viejos, aromatizados, cotidianos, de fiesta..., una enorme gama de sabores que combina los caracteres, el saber hacer, las tierras, la forma de cultivar, el clima, los hombres.

Algunos vinos han desaparecido: los vinos antiguos fusionados con hierbas, los vinos de frutas de los que se encuentran rasgos en aperitivos fabricados en las cocinas de hoy. Mis abuelos fabricaban un vino de nueces, rojo, azucarado, con hojas de nogal y un poco de aguardiente. Mis bisabuelos hacían vino de las moras, la misma receta pero con moras salvajes... A los vinos blancos y rosados

que dominaron la historia siguió el vino rojo; su color oscuro y sabor pegajoso, fuerte y rico no se conoció sino a partir del siglo XVII, época en la que se volvió un éxito y se generalizó. La famosa maceración del vino rojo no la practicaron ni en la Antigüedad ni en la Edad Media, pues en esas épocas preferían los vinos blancos o rojos claros, más parecidos al vino rosado actual.

Aprendí sobre el vino en la bodega de vinificación de mi papá, rodeado de los olores del jugo, la maceración, la fermentación, el roble de los barriles y el corcho, probando el vino cuando me invitaban o robándome unas gotas. Probé el vino cuando mi papá empezó a invitarme a las cenas con sus amigos. Comencé a tomar vino después de tener la mayoría de edad, conforme a las prácticas modernas y contrario a la tradición. Mi papá fue el último de la familia que creció tomando vino. La tradición francesa se apoyaba en la palabra del científico Louis Pasteur: “El vino es la bebida más sana e higiénica que existe”. A mí me iniciaron en el gusto y la curiosidad, y me llevaron a recorrer las tierras vinícolas a través de las botellas de las estanterías; botellas que permiten viajar, en todos los sentidos.

¿Qué es un buen vino, más allá de lo que señalan los precios? Aquel que ofrece el equilibrio entre acidez y suavidad, aquel que tiene un sabor lejano al del agua, el vinagre y la madera envejecida. Se puede hablar de buen vino en general, pero siempre habrá uno cuyo olor, sabor y espíritu hablen a cada quien más que otro. Ese es su “buen vino”.

El vino se revela a quien lo toma. Una antigua frase dice que no se conoce a una persona hasta haber compartido una botella de vino con ella, y que si el otro solo bebe agua hay que desconfiar: algo esconde. El hombre se expresa verdaderamente en la medida en que el vino se desarrolla en él. *In vino veritas*.

La noche es cálida. Los insectos vuelan y chocan contra los alrededores de la lámpara. El sonido de la selva lo cubre todo. Estamos al lado de una carretera cerca de Leticia, en una comunidad indígena. Estoy a la mesa con dos amigos uitotos que conocí en un viaje anterior en el que grabamos un documental sobre el uso tradicional de la coca. Pago una promesa, saco de mi mochila un pan, un queso y, lo más importante, una botella de vino. Abro la botella, sirvo el vino, corto el pan y el queso. Silencio, risas. Estoy listo para iniciarlos en el vino como ellos me iniciaron en el mambe. Siempre he tenido la idea de que el vino es el mambe francés y el mambe es el vino del Amazonas. Los dos tienen un uso cotidiano y sagrado, los dos se ofrecen, se comparten, liberan la palabra y la alegría, dan fuerza y reconfortan, se revelan según las costumbres de elaboración y el uso al que están destinados...

Lleno los vasos. Los uitotos adoptan la misma actitud de un catador profesional: observan el color, lo huelen, lo sienten y lo beben. El sabor fuerte del vino los sorprende pero no les choca, sus papilas están acostumbradas al sabor fuerte de la selva. Me complace contarles el uso del vino en las fiestas como bebida de acogida, su valor sagrado, las leyendas antiguas, su rol central en la cultura francesa, que inspira a los poetas y sella amistades. Las sonrisas se fijan en nuestros rostros, intercambiamos anécdotas. Cuando la botella se acaba ellos comparten el mambe y el ambil. Mi hermano saca un juego de cartas, mi prima toma nota de algunas palabras uitoto: la tierra, enɪru; el árbol, amena; el cielo, mona; la luna, fiwui; el sol, jito-ma; el mambe, jibia; el tabaco, dʰona; el vino, vino... Estamos felices como *Homo sapiens*. ☺



# La mujer de Don Verga

por MARÍA CAMILA VERA

*Acá ponemos los zapatitos del niño y acá ponemos los de Don Verga. Ella*

Ilustración: Verónica Velásquez

**U**no  
 Cuando Don Verga llegó como policía a un pueblo nuevo, decidió que su moza iba a ser la vecina. Las dos casas de tapia, a las que les filaban frente los muertos de la Violencia, compartían una pared en el patio en la que la moza abrió un hueco para espiar a su rival. La debió ver preparando el almuerzo, cantando Los pollitos, cargando a la segunda hija y alegando con el policía hasta cambiarle el apellido para dejarlo Don Verga. Cuando ella no soportó más la mirada de la moza, cogió un alambre y se sentó al frente de la mirilla a esperar que se asomara. Así la encontró su hijo mayor: en cuclillas y con el alambre en la mano, atenta al ojo. No lo dejó hablar, lo acomodó a su lado, le dio un arma y juntos se prepararon para atacar.

**Dos**  
 La casa nueva tenía dos pisos. En el primero estaba la escuela y dos cuartos para soldados ocasionales; en el segundo, un apartamento para la familia del policía y una habitación para la enfermera del pueblo. Ella y el rector, que también era el profesor de los dos salones que hacían de escuela, eran enemigos declarados. Un día su hijo mayor había vuelto de clases con dos correazos, y tenía que cobrárselos. La oportunidad llegó un domingo en que los niños, de siete y cinco años, tumbaron en uno de sus juegos la basura que ella acababa de recoger. "Ustedes tan groseros", gritó. El rector estaba cerca y ella aprovechó: "no les enseñan nada en esa escuela". Él reclamó. Ella gritó. Él gritó más. La pelea ya tenía público cuando el rector intentó pegarle. Dejó la pelea y subió hasta su cuarto. Alzó el colchón y cogió el arma de dotación de Don Verga. Retomó la discusión con una ametralladora Madsen al hombro; miró al rector a la cara y disparó una ráfaga al aire.

**Tres**  
 Cogió una pistola, dejó al hijo mayor a cargo de todo y salió a buscarlo. Estaba harta de ese lugar. No podía seguir peleando con el mico de las puercas del pueblo que todos los días iba hasta su patio a comerse el jabón. No quería seguir atendiendo las visitas que llegaban hasta la casa para conocer la estufa de gas que le había regalado Don Verga después de que tirara la vieja, de petróleo, por el balcón. No soportaba más muertos y más mozas. Estuvo en todas las cantinas que tenía El Barrio. Recorrió pasillos, interrumpió besos, abrió puertas hasta que dio con él. Estaba en el último burdel de la

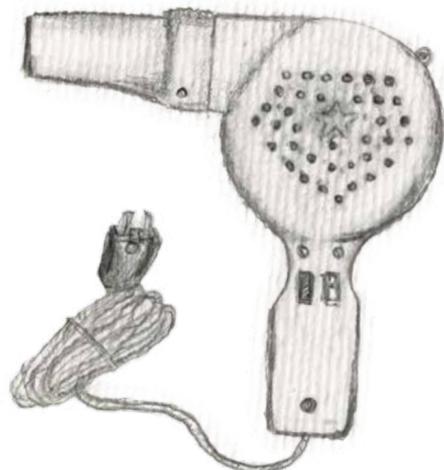
calle, con una mujer cargada en las piernas y los ojos chiquitos por el licor. No dijo nada, solo disparó. Uno, dos, tres, cuatro, cinco. Se acabaron las balas pero ya no necesitaba más; la mujer se había perdido entre platanales y cafetales. Nadie la volvería a ver. Ella regresó a su casa con Don Verga de la mano.



**Cuatro**  
 Llegaron a Medellín porque el trabajo de Don Verga cambió y ya no tenía que ser corregidor ni primera autoridad de pueblos perdidos. Acá empezó una de las misiones más importantes de su vida, que sus hijas continuaron cuando ella ya no tuvo fuerzas: estar siempre impecable. El ritual empezaba en la mañana, con perfumes y cremas, y seguía en la peluquería del frente. Por lo menos dos veces al mes se cambiaba el color del pelo. Amarillo, castaño, rojo, café oscuro. Una vez se cambió el color tres veces. Nunca supimos cuál buscaba. Después salía a comprar regalos: un ventilador portátil que también es linterna, un anillo que es reloj, las plataformas de Paquita Gallego que prometió dejar de herencia, una faja para caminar de forma elegante. Siempre llevaba un regalo en su cartera. Los fines de semana las nietas hacíamos parte del ritual. Mientras llenaba los platos con arroz brillante, arvejas, papas fritas y huevo decía que el corazón se debía mantener engrasado y no

había que ahorrar en aceite. Después, nos daba clase de modelaje, pasarela y defensa personal. "Súmase y camine derecha"; "cuando las agarre de los brazos, le dan una patada en la paloma para que las suelte, corren, cogen una piedra y se la tiran. No se dejen tocar. No dejen que les cojan la paloma. Las mujeres deben andar sumidas, derechas y cuidarse la paloma". Ya listas para la cama, nos cubría el cuerpo en aceite de oliva. "Así no nos arrugamos". Acostadas, llenas de aceite por dentro y por fuera, cogía mis pies y los envolvía en cinta de enmascarar para juntarme los dedos; eran muy separados para usar sandalias. Al final, rezaba con una imagen del padre Marianito en las manos. Se la ponía en cada una de las arrugas de la cara y decía: "¿cierto que me las vas a quitar? Acuérdate del trato que hicimos. Amén".

**Cinco**  
 -¿Cuándo vas a venir que te compré un regalo?  
 -Abuelita, para qué te gastas la plata en cosas.  
 -Son unas muñecas que patinan y caminan para que hagas ejercicio. Las prendes y las persigues hasta que te canses. Importadas.  
 \*\*\*  
 -Ese novio tuyo está muy bonito pero hay que enseñarle a cerrar la boca.  
 -¿Te parece?  
 -Claro. Vive boquiabierto. Cada vez que lo veas así, le decís: "cerrá la boca que se te va a entrar un mosco" y le quitás ese vicio. Así hice con el hijo de aquella y mirá que se compuso.



\*\*\*  
 -Mirá ese perro como tiene el ano de bonito.  
 -Vea, ya los niños aprendieron eso. Mire lo que les enseña. Ahí está uno diciendo que le metan voladores por el ano al muñeco del 31. No hable tanto. No diga esas cosas.  
 -Vean pues a este viejo peorro que se cree mi papá. Además, dije ano por no decir culo.

\*\*\*  
 -Papá, ¿la abuelita cómo escogió los nombres de ustedes?  
 -Iba a cine y los anotaba.  
 -¿En serio?  
 (En serio: James, Ever, Jimmy, Nancy, Betsy, Kelly y Arley).

**Seis**  
 Supe que estaba mal cuando la oí preguntarle a Don Verga si la quería. "Pues claro, doña Chava, claro que te quiero". Unos años antes, en los fines de semana de arroz brillante, yo había hecho la misma pregunta varias veces: "¿Todavía la amas?". Él sonreía y decía que sí, que si no lo hiciera no estaría ahí. Luego bajábamos a la cocina y ambos alegaban. Ella le decía que se callara, que no la mandaba, que no la jodiera, que se fuera con su periódico. "Andate, Don Verga, andate". Él no decía mucho. Supongo que se sentía culpable y el silencio era una forma de pedir perdón. Eso lo concluí después, cuando las historias de las mozas, las de ella, se volvieron anécdotas que daban más risa que rabia. Todas, las conocidas y las desconocidas, fueron contadas de nuevo mientras esperábamos que se muriera. Volvía del sopor de la morfina y preguntaba de nuevo: "mija, ¿aquel sí me quiere?".



# CHUCHAS

Por la buena reputación del popular marsupial colombiano, pariente de canguros y koalas, con 65 millones de años en la tierra, maltratado como pocos y usado, acaso, para insultar, para referir olores que fosforescen en los apretujes de pieles humanas que nada tienen que ver con ellas

- ¡Huele a chucha!
- Así somos las chuchas
- La chucha en la Tierra
- Crías: la bolsa o la vida
- Para reconocerla y protegerla
- Los "rabipelados" y la mitología
- Libros para desempleados y más
- Mediachucha: "ellas" en el cine y la tv
- Pinta de chucha

**Más de la biodiversidad real en el micrositio:**  
[www.parque.explora.org](http://www.parque.explora.org)





El remolino se había formado con paciencia, todo el mundo ansiaba la noticia del desenlace. El temporal estaba maduro. Muchas veces habían sonado falsas alarmas. Hasta que el rumor tuvo la fuerza de la sentencia: ¡mataron a Pablo!  
Un periodista, un vecino del difunto, un graduando, el hijo de uno de los cazadores y un profesor extranjero cuentan sus horas luego de la muerte de Escobar. Pistoletazo.



Ilustraciones: Aurélie Carmouze

En este país, ser hijo de un integrante de las fuerzas militares y de policía significa dormir con el miedo a la muerte; dolorosamente, cuando llega nuestro inconsciente ya está preparado para la noticia. Dicen que la "conciencia" (entender razonablemente lo que pasa a nuestro alrededor) llega a la edad de nueve o diez años, pero en Colombia los niños de cuatro años ya saben que nos estamos matando; lo que no entienden, y los adultos tampoco, es por qué.

Tenía ocho años y mi papa pertenecía al cuestionado Bloque de Búsqueda, grupo élite conformado por los mejores efectivos de la Policía y el Ejército. Pablo Escobar me daba miedo, no porque conociera plenamente su repertorio criminal, sino por esas propagandas de los dos únicos canales de la época, Canal 1 y Canal A, donde el gobierno ofrecía recompensa por su cabeza.

Del 2 de diciembre de 1993 recuerdo un país enterrado, acorralado por sí mismo, que le echaba la culpa de todos sus problemas a una sola persona: Pablo Escobar. Más adelante nos dimos cuenta de que la muerte del capo solo sirvió para que surgieran más "mini capos" con mayor capacidad para asesinar pero menos propaganda y show.

Por la labor de mi papá, a mi mamá le tocó recorrer el país con él, especialmente el Magdalena Medio, por los lados de Barrancabermeja, La Dorada, Puerto Triunfo, etc. Pertenecía al Goes, al CEA, al Unase, al Copes y no sé cuántas siglas más destinadas a un solo propósito: cazar a Escobar.

En 1993 mi padre decidió que era hora de que nos radicáramos en un solo sitio, una ciudad segura, pequeña, alejada de la que para muchos era la ciudad más peligrosa del mundo: Medellín. Pablo andaba suelto después de

burlarse del país con su Catedral, pero en Medellín el miedo no era solo por él sino también por Los Pepes, que más tarde se convertirían en las AUC. Las mismas de las autoras de masacres, las que llevaron tantas personas al poder. Los Pepes (Perseguidos por Pablo Escobar) no eran perseguidos sino narcotraficantes que querían monopolizar el negocio de la droga; a eso se debió su guerra contra el Cartel de Medellín, del que en mayo de 1993 ya no quedaba nada. Después de La Catedral había que "dar de baja" a Escobar. Él era la personificación del horror para miles de víctimas y, de una u otra manera, con Escobar muerto se calmaría la sed de venganza del país.

Eran las 4:00 p.m. y nos encontrábamos en un centro comercial de Ibagué cuando en la radio retumbó la noticia: "¡Cayó Pablo Escobar...!". La señora dueña del local donde estábamos exclamó: "¿Por qué en este país todo se soluciona así?". Seguimos recorriendo el lugar, pero no vi a nadie sonriendo ni feliz. Solo vi rostros que anunciaban tiempos más difíciles, para el país y para mí...

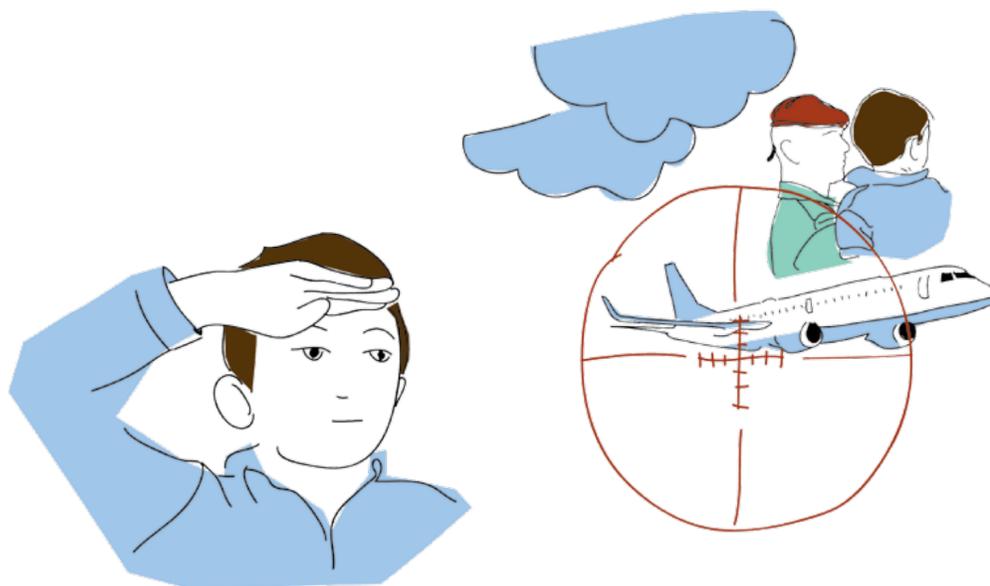
Esa noche hablé con mi papá, cariñoso como siempre con mi hermana. No tocó el tema y se despidió. Las noticias del Canal A mostraban una Medellín desolada y un país en toque de queda psicológico. Días después, por teléfono, le pregunté por el hecho, y dijo que habían ganado los buenos. La última vez que lo vi fue en marzo de 1994. Fue una hermosa despedida: desde un avión extendió su mano para decir adiós. El 23 de abril de ese año mi papá fue asesinado.

El 2 de diciembre Colombia pensó que algo había cambiado, pero lo único que en realidad cambió fue el autor de la violencia. Para mi familia sí hubo un cambio... Ese fue el inicio del fin. ☹

## Victoria falsa

por HUMBERTO CORAL

*Desgraciado el país que necesita héroes.*  
Bertolt Brecht



## El muerto más vivo de Colombia

por CARLOS MARIO CORREA

En Medellín todavía hay personas que no creen en la muerte de Pablo Escobar Gaviria, y varias de ellas aseguran que lo han visto por ahí... Yo, en cambio, conservé en mi memoria la visión de su cadáver corpulento, con la barba hirsuta salpicada de sangre, una camiseta azul oscura recogida sobre la barriga, un bluyín y los pies descalzos, tendido boca arriba sobre una mesa de la morgue municipal, dispuesto para la autopsia y la constatación de su identidad por parte de los peritos de Medicina Legal.

Pero "Pablo", como lo siguen llamando muchos de sus coterráneos —sin nombrar sus apellidos, como si se tratara de alguien muy cercano—, se le aparece de día y de noche en sus conversaciones y discusiones, sin importar el estado de sobriedad o de embriaguez en que se encuentren.

Cuando murió yo trabajaba como corresponsal de *El Espectador* en la "ciudad de la eterna primavera". Poco después de las cinco de la tarde me abrí paso a codazos por entre el tumulto de colegas de la radio y la televisión, y aunque uno de ellos me partió una ceja con el golpe de un micrófono, tomé aire y respiré hondo cuando por un instante apenas, antes de que un policía me metiera su bolillo en las costillas y me alejara de una de las ventanas de la morgue, logré ver con mis propios ojos aquel "cadáver exquisito" para el periodismo internacional y para la tinta de mi periódico.

Los periodistas que empezábamos a meter las narices y a ingresar con nuestros trastos a ese recinto fuimos sacados a porrazos por la policía, que le iba abriendo paso a Hermilda Gaviria, la madre de Pablo Escobar, quien iba tomándose la cabeza, con movimientos decididos y gestos desafiantes, secundada

por una de sus hijas mientras exclamaba: "¡Me mataron a Pablo, me lo mataron! Él no era malo... ¡Me lo mataron...!".

Dos horas antes de llegar a la morgue en compañía de un fotógrafo, me sentí frustrado en mis intentos por ser uno de los primeros periodistas de la ciudad y del país en cubrir la noticia, pues fuimos detenidos por un cordón policial y no pudimos acceder a la casa de dos plantas del barrio Los Olivos donde Escobar había sido abatido por los integrantes del Bloque de Búsqueda.

Desde las afueras de esa casa vi a Hermilda Gaviria entre un motín de periodistas y curiosos, mientras observaba, sollozante y abrazada por una de sus domésticas, cómo el cuerpo era bajado del techo en una camilla. Al llegar le dijeron que 'Limón' había caído muerto dentro de la casa, y entonces tuvo la certeza de que al que habían baleado en el techo era su hijo. En la madrugada ella había ido a esa misma casa, en la que su "Pablo" se escondía desde el 15 de noviembre, a llevarle torta para celebrar su cumpleaños y un antiácido.

A Escobar Gaviria yo lo había visto por primera vez moviéndose por sus propios pies, en tenis, una noche de 1982 en la mitad de una cancha de fútbol del municipio de Caldas, hasta donde había avanzado, entre aplausos de los asistentes, para hacer el saque de honor de un partido entre la selección de la localidad y las reservas del Independiente Santa Fe. Estaba haciendo campaña política para el Congreso de la República.

A partir de 1983 solo supe de Escobar Gaviria por la prensa, y de manera especial por *El Espectador*, el primer medio que publicó su fotografía y lo señaló como narcotraficante. En el segundo semestre de 1988, ya con un título universitario de periodista y contratado para trabajar como corresponsal de este diario en Medellín, volví a verlo de cerca, pero no en persona sino en la misma fotografía que publicábamos cada vez que lo mencionábamos. Uno de sus tenebrosos mensajeros en motocicleta nos la llevó dentro de un sobre hasta la redacción en el barrio Prado de Medellín, con una advertencia junto a la firma y la impresión de la huella dactilar de 'El Patrón': "Díganles a sus jefes en *El Espectador* de Bogotá que ya es hora de cambiar esa foto y de ser más originales...".

Para 1989 sus amenazas contra los periodistas y demás trabajadores de *El Espectador* en Medellín pretendían también ser muy originales, y sus mensajes nos llamaban por teléfono para que las escucháramos en el estilo de la trova antioqueña. Recuerdo unos versos de un individuo que se presentaba como 'El Poeta', quien en un tono "cantadito" nos decía: "obedézcanle a don Pablo / él ya les dijo que fueran / pero si se ponen tercios como el Diabolo / no les extrañe que se mueran". Y agregaba: "don Pablo es el rey y lo que dice es la ley / *El Espectador* es un pasquín y debe morir".

De su cinismo para atemorizar nos Escobar pasó a la acción con una sentencia de muerte cumplida, al pie de la letra, por sus sicarios en motocicleta: el 10 de octubre al mediodía, cuando iban para sus casas a almorzar, fueron acbillados los empleados más visibles de *El Espectador* en Medellín: Martha Luz López, administradora; y Miguel Arturo Soler, jefe de circulación y suscripciones; y unos meses después, el



funcionario que lo reemplazó en el cargo, Hernando Tavera.

Los tres funcionarios, junto al director Guillermo Cano Isaza, quien había muerto abaleado en Bogotá en diciembre de 1986, se sumaban a las otras veinte personas vinculadas con *El Espectador* asesinadas por órdenes de Escobar. A los empleados y trabajadores de la oficina en Medellín, unas 35 personas, las directivas nos llamaron a "calificar servicios" y nos cancelaron los contratos, ante la dificultad para continuar laborando bajo el acecho del brutal enemigo.

Pero un año después, en octubre de 1990, impulsado por fuerzas que no sé precisar, volví a aceptarle a la familia Cano un contrato como corresponsal en Medellín, pero ya en solitario y clandestino, con el apoyo esporádico de un fotógrafo para "casos especiales".

Si Escobar Gaviria había convertido a *El Espectador* en uno de sus principales objetivos criminales, *El Espectador* había convertido al capo en su principal reto periodístico. Sin necesidad de decirnos a sus periodistas, dar la primicia de la captura o la muerte de su principal enemigo era un reto que nos mantenía vigilantes día y noche para no dejarnos "chiviar".

El 22 de julio de 1992, cuando Escobar huyó de La Catedral con varios de sus hombres de confianza, me tocó hacer todo el cubrimiento. De la oficina clandestina salieron los titulares: "Y se les voló", "La puerta se abrió tres años atrás"; eso lo hacía, con apoyo de los redactores de Bogotá, para enfatizar que lo de la cárcel era un "montaje".

Desde su fuga empezó una persecución frontal contra Escobar. 'El Patrón', o más exactamente 'El Doctor', como le decían sus lugartenientes en Medellín, había perdido respaldo y fue declarado el enemigo público número uno. Todo el tiempo me pedían información sobre los avances de la búsqueda y eso me cansaba, en Bogotá eran obsesivos con Escobar. Me di cuenta de que en las persecuciones había mucho de farsa, pues varios operativos se frustraron porque tenía cómplices entre sus

perseguidores: en algunas ocasiones lo vieron comiendo tranquilamente en los estaderos de Las Palmas o en Envigado charlando con sus amigos. Por algún motivo las patrullas no llegaban a tiempo, o se desviaban.

Pocos minutos después de las tres de la tarde de aquel 2 de diciembre de 1993, escondido en mi refugio de un edificio en el Centro de Medellín, yo estaba ensimismado escribiendo sobre un payaso acróbata del Parque Bolívar, con la ilusión de que en la edición del domingo me publicaran, por fin, una historia sin manchas de sangre. Había apagado el radio que me servía para saber qué estaba pasando en la ciudad... y no había pensado en Escobar Gaviria. No me enteré a tiempo de su muerte y me sentí "chiviado" con la noticia que estaba esperando desde hacía años. Eran las tres de la tarde "pasaditas" cuando mi madre escuchó el extra y me llamó por teléfono para contarme.

Luego de mis desesperados intentos por reunir información y testimonios en la morgue municipal, volví a la oficina clandestina para hacer la noticia. Quería hacer un buen reportaje, con cabeza fría, sin dejarme llevar por la euforia. Durante varios años había logrado recoger valiosa información con la que se podía hacer un perfil de Escobar; tenía un gran prontuario del personaje desde sus inicios, cuando salió a la luz pública, hasta su reinado y desmoronamiento. Trabajé toda la noche apoyado por los compañeros de Bogotá. Teníamos como desventaja que las fotos de Escobar —la de su cuerpo en el techo de la casa y la de su madre reconociéndolo en la morgue— fueron tomadas por una policía que se las vendió a *El Tiempo*. Con material fotográfico de archivo contamos el acontecimiento como una crónica. Se trataba de una noticia que tenía una connotación especial para *El Espectador*, pero no queríamos caer en el triunfalismo. Salieron tres páginas, que a la vez eran una página final en la historia del asedio a *El Espectador*. El título principal fue simple pero contundente: "Y CAYÓ ESCOBAR". ☹

## La hora cero

por GERARD MARTIN

Algunos estudiantes y profesores estaban reunidos alrededor de un radio. Yo estaba en el bloque de Historia de la Universidad Nacional. Venía de almorzar con John Jaime Correa, un estudiante y asistente de investigación de la clase de sociología urbana que dictaba allí. Más gente se acercaba.

—¿Qué está pasando?  
—¿Parece que mataron a Pablo Escobar!  
—¿Otra vez?  
—Pues sí... ¡Pero esta vez parece ser cierto! Hay mucha bulla, mucha gente hablando...

—¿Y por dónde lo cogieron?  
—Dicen que por La América...

Alrededor del radio estaban Blanca Melo, Javier Ortiz, Roberto Luis Jaramillo y otros profesores y estudiantes de la facultad. El semestre ya se estaba terminando, la Navidad estaba por llegar, y mi época en Medellín, iniciada en 1991, cerca de terminar.

La persecución a Escobar, después de su fuga el año anterior, era un tema de todos los días. Esta era la tercera o cuarta vez que se generaba ruido alrededor de su caída definitiva. La gran noticia y la gran desmentida se habían vuelto costumbre. En esta ocasión, sin embargo, la noticia parecía más precisa, más insistente, más certera.

—¡Jaime, vamos a ver lo que está pasando! Salimos corriendo de la Universidad, cogimos un taxi y paramos un momento en el Carlos E. Restrepo. Subí al apartamento para recoger mi cámara, una aparatosa Zenith con un zoom de 125mm. Yo sabía que solo me quedaba medio rollo de negativo, pero nada que hacer, no había tiempo para ir a buscar más.

El chofer del taxi, con el radio a todo volumen, nos decía que ya sabía por dónde era, por alguna quebrada en el barrio Los Olivos. Mientras tanto los reporteros confirmaban una y otra vez que efectivamente se trataba de Pablo Escobar.

De golpe, el taxi no pudo avanzar más. Había un tumulto y un improvisado retén de la policía: "Soy un periodista holandés. Este es mi traductor. Vengo a hacer un reportaje para los medios de mi país". "Muy bien, siga señor, adelante". En

aquellos días el pelo rubio, los 1,87 metros de estatura, el pesado acento y una cámara grande eran credenciales suficientes para acceder al lugar de cualquier evento noticioso. Además, en ese tiempo había muy pocos extranjeros en el país, y los periodistas de Bogotá y el exterior todavía no habían llegado.

Miles de curiosos estaban parados al otro lado de la quebrada, que les detenía como una frontera natural. Apenas me acerqué para tomar una foto de aquella tribuna, todos me comenzaron a gritar, y muy rápidamente se armonizaron en un coro de un solo grito.

—¿Qué es lo que gritan? —le pregunté a Jaime.

—¡Sapo, sapo, sapo! Que sapo, hermano, que soplón, traidor. Te toman por uno de la DEA o del FBI.

La risa y la burla nunca han faltado en Medellín, incluso en aquellos días. En Estados Unidos o Europa, ante semejante situación, uno encontraría un público pasivo y silencioso. Aquí no. Siempre me ha gustado esa postura hoy llamada resiliencia.

Soldados jovencitos pero fuertemente armados, miembros del Bloque de Búsqueda o de algún otro cuerpo especial, estaban en el andén y sobre el techo de la casa del capo. No tenía nada de espectacular: puertas y ventanas feitas, de un aluminio que ya había perdido su encanto; ni antejardín había. Una de las casas vecinas parecía estar en remodelación y vacía.

No nos dejaron ver ni por la ventana, pero nos dimos cuenta de que la operación seguía al otro lado de la casa. Como estaba sobre una manzana muy angosta, tenía accesos por las dos calles que la cercaban. El capo intentó huir por la parte trasera de la casa. Aquella calle estaba llena de soldados, personal médico, gente de civil y algunos reporteros de la prensa local. No vi ningún otro extranjero. También había mucha gente en los balcones de las casas vecinas. Todos miraban hacia un punto fijo: el techo de la casa donde se suponía estaba Escobar, rodeado todavía por gran cantidad de gente.

Una camioneta gris se había acercado a la casa. Personal médico en

trajes blancos estaba parado sobre ella. De golpe todo era movimiento. Intenté acercarme pero no me dejaron. De pronto comenzaron a bajar del techo un planchón metálico. No se veía nada. Pero por un breve momento, cuando bajaron la parte delantera del planchón para acercarla al personal de la camioneta, se vio un cuerpo. "Debe ser Escobar", pensé, y logré tomar la foto.

Cuando la camioneta con el cuerpo dentro salió de ahí, nos fuimos detrás, otra vez en un taxi. Había comenzado a llover y a oscurecer. Ya eran casi las cinco. La camioneta iba sin luces, mas anónima y banal no podía ser. No recuerdo en qué momento la perdimos, o si decidimos no seguirla más. De regreso en Carlos E. Restrepo nos fuimos a La Comedia para tomar algo. Se me había olvidado, pero hace un par de años, Gloria, su dueña, me contó que yo llegué medio eufórico y saludé con una frase desprevenida: "¡Bueno, ahora a festejar!". Y ella me dijo: "¿Cómo así? Estás loco. Nosotros vamos a cerrar temprano, quién sabe lo que pueda pasar".

Aquella noche hubo una especie de hora cero en la ciudad: todo el mundo esperaba a ver qué iba a pasar. ¿La gente de Escobar reaccionaría con bombas? Pero no sucedió nada. Una parte de la banda de Escobar había sido diezmada por sus enemigos, y la otra estaba tan ocupada en retomar sus negocios que su muerte fue como la cereza del pastel.

Por la noche, desde el apartamento de un estudiante de medicina que tenía computador y fax, pude comunicarme con medios holandeses. A las dos de la madrugada (ocho de la mañana en Holanda) di mi reportaje en un noticiero radial de mi país. Una semana más tarde, un semanal holandés me publicó un largo artículo; tenía también mis fotos, que había enviado por avión, pero utilizaron otras del capo muerto en el techo que ya se habían hecho famosas. Nunca más intenté publicar las fotos, y no me gusta escribir sobre Escobar. Prefiero escribir sobre Medellín. ☺

## Extraditables con birrete

por DAVID E. GUZMÁN

*Nunca pudo llorar,  
ni soñar al dormir,  
pero sabe que a las dos es  
tarde ya.*

*¡Me matan Limón!,  
Patricio Rey y sus  
Redonditos de Ricota*

Recibí la noticia de cachaco. Era un vestido gris claro, con camisa blanca de rayas azules y corbata y zapatos vinotinto. La primera vez que me lo puse me sentí como un camaján italiano venido a menos, pero mi tía Sonia, la *fashion* de las tías, me aseguraba que el traje en tonos claros estaba de moda, que me iba a lucir.

"¡Mataron a Pablo!", gritó mi madre apenas colgó el teléfono. Lo dijo con una mezcla de sorpresa y felicidad, envuelta en una toalla, con el pelo húmedo y fragante. "Mataron a Pablo", la frase que más se pronunció ese jueves 2 de diciembre. Parecía increíble que lo hubieran cazado a tan pocas cuadras de la casa. Por radio decían que algunas vías aledañas estaban cerradas, que había congestión. La hora de la ceremonia se acercaba, y la incertidumbre de no poder llegar a tiempo al colegio generó confusión y discusiones sobre cómo proceder.

Sin embargo, el gordo tieso y ensangrentado en el tejado no alteró los planes. Dos amigos del salón me recogieron a la hora acordada; mis familiares saldrían por su lado media hora más tarde. Nada podía detener el fin de ese largo camino que habíamos iniciado hacía doce años, en 1982, justo cuando Pablo Escobar empezaba a hacer campaña para convertirse en parlamentario. Desde ese entonces la suerte estaba echada para todos.



Para salir del barrio La América debíamos pasar muy cerca de la zona donde ocurrió la cacería. Se habló de la posibilidad de ir a *noveleriar*, pero ni lo discutimos: sabíamos que el tiempo era escaso. En las calles el ambiente estaba enrarecido; algunos en sus carros celebraban con un jifa fa fa!, aunque también se percibía cierta tensión. Después de tacos eternos, llegamos al colegio. En el parqueadero se armaron corrillos donde se comentaba con el mismo entusiasmo la muerte del patrón y la fiesta programada para la noche.

"Nos mataron al amigo" fue el neofasto chiste de uno de los payasos del salón, que había sido "extraditado" el año anterior. "Amigo tuyo será", le respondió el compañero que más tarde iba a leer el discurso. La noticia lo había cogido con una hoja en la mano, practicando al lado de su padre, un hombre que sabía de oratoria. Poco a poco fueron llegando los demás compañeros y familiares a nutrir la escena. Todos menos Villegas, el amigo que vivía más cerca de la casa de Los Olivos.

Con la toga azul oscura ocultando mi traje pálido me sentía mucho mejor. A esa hora el asombro ya le había dado paso a la emoción. Tal como se había ensayado, con los cantos de Carmina Burana, los héroes entramos en dos filas indias al auditorio y ocupamos la sillería más cercana a la tarima. El rostro de padres de familia, abuelos y tíos reflejaba esa alegría de ver a los suyos en situación de triunfo. Graduarse de bachiller es un logro que se desvanece pronto, pero en ese momento era lo más importante.

El paso por las aulas sonrientes, en especial por el bachillerato, entre 1988 y 1993, estuvo adobado por la época más dura de la guerra del narcotráfico. Las campanadas que anunciaban cada cambio de clase, cada recreo, cada entrada y salida, sonaban a la par de carrombos, balaceras, ráfagas y estallidos. Recuerdo en especial la consternación del colegio al regreso de las vacaciones de junio de 1990. Camilo Bernal, un estudiante que iba un par de grados más adelante, había sido asesinado en la masacre de Oporto; su hermano Pipe se graduaría con nosotros. Siete meses después, en febrero de 1991, los 150 kilos de dinamita y metralla que explotaron en la plaza de toros La Macarena se llevaron a Lucas, un alumno de primaria que se destacaba por su habilidad

con el balón. El dolor ocasionado por esa guerra se nos había metido al colegio, a ese mundo propio y alegre de juegos y obstáculos académicos que no conocía la tragedia.

Villegas también era habilidoso con la pelota pero no contaba con suerte para inflar las piolas. La ceremonia ya llevaba un buen rato y era el único que faltaba. El turno para estrecharle la mano al rector y recibir el añorado diploma era por orden alfabético, así que aún había tiempo. Uno a uno fueron llamando a los graduandos, uno de 11ºA, otro de 11ºB. Ya estábamos viviendo el final de esa etapa de la vida, un trayecto lleno de aprendizaje, humor, crueldad y disciplina deficiente. Fue en 1992 que surgió la versión roledista de "Los Extraditables", nombrados así incluso por los profesores, un reconocido grupo de diez compañeros que fuimos separados y castigados con el traslado, durante dos semanas, a salones de grados inferiores, acusados de no dejar dar clase. "Preferimos un cambio de puesto que una tumba en otro salón". Alias 'La Mosca', 'Longas', 'Pichón de diablo', 'Chucky'... casi todos los extraditados nos alcanzamos a graduar.

Cuando llamaron a Salazar, otro extraditado que coronó, apareció Villegas metido en su toga, con pasos apurados, peinado completamente hacia atrás. Por eludir los troncos de ese día, nunca antes vistos en Medellín, se había metido a la boca del lobo y casi no sale de sus fauces.

Por fin recibimos el diploma, un pedazo de cartulina del que pronto nos desencartamos poniéndolo en manos de familiares adultos. Cuando lanzamos los birretes, el cielorraso, blanco y blando, se rompió en varios puntos y algunas borlas quedaron colgando del techo. La ceremonia terminó con *No ha sido fácil* de Pablo Milanés, una canción que también habría podido acompañar las celebraciones del Bloque de Búsqueda y Los Pepes esa misma tarde.

Después de la sesión de fotos nos quitamos las togas. En barras nos fuimos esparciendo, buscando la salida, todos con la expectativa de la fiesta nocturna que algunos padres quisieron cancelar. De repente, el payaso del salón se acercó a donde estábamos varios amigos y dijo en tono burlesco, señalándome: "Eh, ¡qué elegancia!". Me bastó mirar alrededor para corroborar que era el único de la promoción con traje claro. ☺

## El último vecino

por JUAN CAMILO MONTOYA ECHAVARRÍA

Pablo Escobar murió al lado de mi casa. Allí, en el barrio Los Olivos, en la cuadra que me vio crecer, donde jugaba a ser arquero como Higueta y donde aprendí a montar bicicleta, fue abatido el máximo capo del narcotráfico.

Además de Escobar, aquel 2 de diciembre de 1993 murieron otras cosas. La cuadra no fue la misma, como tampoco mis ánimos de salir a jugar. Durante muchos días, quizás meses, sentí las ráfagas y el ruido de los disparos en mi cabeza. A mis diez años de edad apenas entendía lo que había pasado. Que mataron a un señor muy importante, listo. Pero, ¿por qué al lado de mi casa? ¿Por qué cuando mis padres no estaban? ¿Por qué sentía miedo gran parte del tiempo? Así viví uno de los días más horribles de mi vida. El día que vi por primera vez un cadáver, el día que más he rezado, el día que sentí el acecho de la muerte.

Mi niñez fue relativamente solitaria, como hijo único de padres trabajadores que luchaban por darme lo mejor con muchos sacrificios de por medio. Sin embargo, cuando no jugaba con los primos estaba en la cuadra pateando un balón, una lata, o divirtiéndome con el juego de moda. Pero ese día, después de almorzar, tuve un motivo para quedarme en casa. Llevaba pocos días con mi primer computador, versión Windows 3.2, y preferí eso a salir a montar en bicicleta. Estaba en la casa con una prima de cuatro años y la empleada.

Todo sucedió muy rápido y a la vez fue eterno. La habitación donde estaba el computador tenía una ventana que daba a la calle. Sin saber por qué, quizás para averiguar si mis amigos jugaban, corrí la cortina y vi a varios policías armados caminar sigilosamente. Creo que no pasó mucho tiempo. Me bastó con escuchar el primer disparo para entrar en *shock* y sentir el pánico más grande que he sentido en la vida.

No sé cuánto tiempo pasó. Cuando comenzó la balacera corrí a buscar a mi habitación más alejada de la calle, la cual, nos enteraríamos luego, daba al cuarto de Pablo Escobar. Allí, debajo de la cama de mis papás, lloré sin parar. Con las lágrimas empapando mi cara y asustando aún más a mi prima, que también

lloraba y gritaba, me aferré a orar mientras la abrazaba. Ese es el momento que no olvido. Sentí que iba a morir, que no iban por Pablo sino por mí. Las balaceras chocaban con algo que sonaba muy fuerte, y lo único que pensaba era que una de ellas me iba a alcanzar.

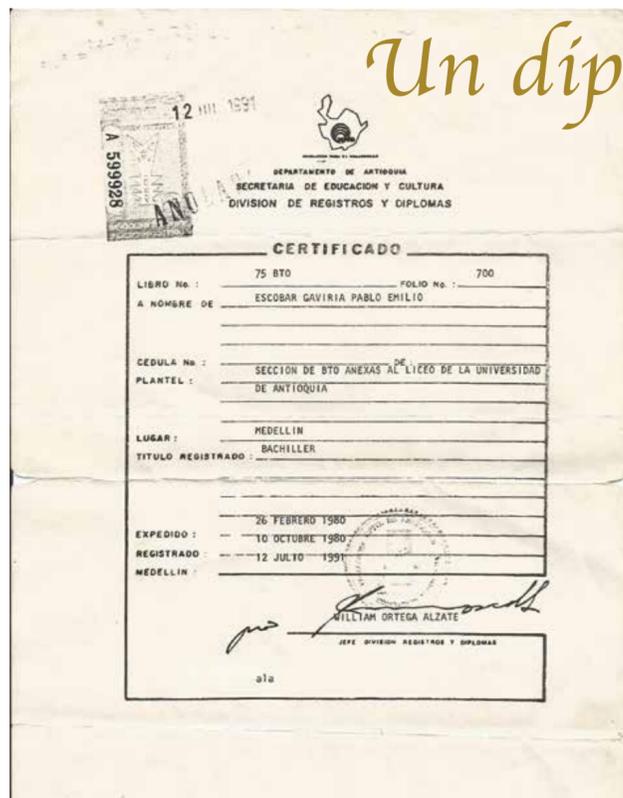
Así, en medio del pánico, escuché el primer "matamos a Pablo Escobar", y los disparos cesaron. No estoy seguro si a esa edad sabía de quién se trataba; lo cierto es que aún con miedo y con temblor en las piernas me dirigí nuevamente a la ventana para asomarme a la calle. Y esto fue lo que vi: policías y oficiales del ejército abrazándose, gritando "¡Viva Colombia!", y destapando botellas de whiskey para brindar por el logro. De ahí en adelante, la confusión. La solitaria cuadra, ideal para jugar fútbol, fue cerrada, y se fue llenando de señores de corbata, policías, generales, periodistas y camarógrafos.

Cuando mis papás llegaron, luego de burlar las medidas de seguridad, la casa estaba llena de extraños. Recuerdo los abrazos, las bendiciones y los besos en la cabeza. Creo que pasó mucho tiempo hasta que al fin bajaron a Pablo Escobar en la camilla, con su gran barba y figura obesa. El país y el mundo lo vieron. Las imágenes que le dieron la vuelta al planeta muestran un balcón verde con muchas personas asomadas, al lado del techo donde Escobar fue abatido. Esa era mi casa, la que fuera mi refugio, y en ese momento estaba llena de personas desconocidas que hacían preguntas incómodas. Nunca volví a ser igual para mí.

Durante los días posteriores no tuve tranquilidad. Mis noches eran largas y la imagen de Pablo Escobar, especialmente su rostro, no salía de mi cabeza. Trasladarse de barrio fue una buena decisión, y solo el tiempo pudo sacarme de la mente esos momentos de temor y zozobra.

Cuando mataron a Pablo Escobar yo estaba ahí, a pocos metros, siendo testigo de un hecho que millones de personas anhelaban. Pero más allá de eso, estuve mi sufrimiento y mi terror. Ahora, veinte años después, no es más que un recuerdo y una experiencia para contar, aunque no deja de ser intrigante saber que fuimos vecinos del hombre más buscado del mundo. ☺





## Un diploma para el capo

por ALFONSO BUITRAGO LONDOÑO

A sus 41 años lo mejor que le podía pasar al gran capo era que lo metieran preso. Estar en una cárcel era una buena manera de huir de su vida clandestina, y un obstáculo más para quienes querían verlo muerto. Llevaba meses, algunos dicen que años, planeando su entrega. Una rendición que podría anunciar como un triunfo. Cualquier cosa se podrá decir de él, menos que no le dedicó tiempo, esfuerzos y recursos a su propia condena. Y lo que prometía ser el principio de una nueva era para él y para el país, no fue más que el principio del fin de Pablo Emilio Escobar Gaviria, y una vergüenza para sus compatriotas.

A partir del 19 de junio de 1991, cuando pisó por primera vez la cárcel de La Catedral, Escobar tuvo los días contados. Tantos muertos, tanto dinero invertido, tanto derroche en preparación y logística, tanta vanidad, tantas amenazas, tantas concesiones, tantas mentiras y una verdad: un puñado de días más de vida.

Estuvo preso trescientos noventa y seis días y logró graduarse como un bandido de exportación: gobernó la mafia sin moverse de su habitación, enfrentó a sus enemigos, castigó a sus aliados, convirtió la prisión en un club privado de lujo, puso en ridículo al gobierno de turno y cuando quiso se fugó. Quienes estuvieron a su lado se sentían elegidos por un ser superior, pero entre ellos hubo un funcionario que logró convencerlo de que lo dejara ser libre.

Además de decidir el lugar donde quedaría su cárcel, supervisar su construcción, escoger la guardia interna —veinte personas de su confianza, entre ellas un paracaidista, un cocinero y un mensajero—, restringir al acceso de la guardia externa y del ejército, y entregarle con un cura y un periodista después de que la Asamblea Nacional Constituyente prohibiera la extradición de colombianos, Escobar influyó en la selección de las directivas del penal, que en este caso fueron solo dos funcionarios: director y subdirector.

Al director lo escogió por recomendación de los hermanos Ochoa, y al subdirector lo hizo traer de El Buen Pastor de Medellín. Este último era un funcionario desconocido que había trabajado durante muchos años como subdirector de la cárcel Bellavista y esperaba jubilarse, sin afanes ni angustias, como subdirector de la cárcel de mujeres. El propio director de prisiones fue hasta El Buen Pastor a entregarle la resolución del ministerio que ordenaba su traslado.

—Mañana se presenta en La Catedral —le dijo.

El funcionario intentó negarse; curtido de lidiar con delincuentes, sabía que estar cerca de Escobar —algo que muchos buscaban— podía significar la diferencia entre una vida anodina y la opulencia, pero también entre estar vivo o muerto. Además, ponía en riesgo su pensión. ¿Quién sería capaz de mantener preso a Escobar? ¿Quién podría seguir siendo el mismo después de convivir con él?

No hubo amigos ni influencias a los que acudir. El patrón lo había escogido. Lo único que podía revertir la resolución de un ministro era la voluntad de un delincuente. Ironías del derecho: “las cosas se deshacen como se hacen”. Si quería salirse de esa no le quedaba más opción que convencer a su reo de que lo dejara jubilarse con las reclusas de Medellín.

El miércoles que Escobar se entregó, el subdirector no quiso presenciar la llegada a La Catedral. A las cinco de la tarde, hora en que terminaba su turno, cogió su carro y se fue para su casa. La desconfianza y el sigilo lo habían mantenido vivo todos esos años. Ni la curiosidad ni las ganas de ser testigo de la entrega de uno de los fugitivos más buscados del mundo lograron vencer su astucia. Estaba convencido de que hablaría con el patrón, pero esperaría su momento.

La Catedral era un largo galpón adosado a una vieja casita campesina, en medio de una de las montañas de la vereda El Vallano de la comuna 11 de Envigado. En la casita despachaban el director y el

subdirector, sin secretarios ni asistentes, ante una silla y un escritorio desde donde daban paso al interior de la cárcel. Nadie de la guardia externa tenía autorización para ingresar. Ellos eran las únicas personas que tenían contacto permanente con los dos mundos.

Un largo corredor con vista a casi todo el Valle de Aburrá —con binóculos se podían ver las casas de Niquía— unía la casita con las celdas, que, a excepción de la de Escobar, eran alojamientos colectivos con camarotes y duchas comunes. La celda de Escobar era una habitación espaciosa con sala y tina, y era la última del galpón; estaba recostada contra la montaña, como una cueva. Después no había nada, tan solo una garita y el monte por donde dicen que se escapó.

—Al otro día de la entrega llegué a las ocho de la mañana. Supuestamente estaba ahí por recomendación de Escobar, pero yo no lo conocía —dice el subdirector.

Estaba decidido a no dejar pasar el día sin hablar con él. Quería salir de allí cuanto antes. Desde el nombramiento, su esposa lo despedía con mil bendiciones, y en la tarde se pegaba del televisor a ver si lo veía en algún noticiero.

El capo se despertó a eso de las diez. Salió de la habitación con una ruana blanca, la barba larga y un radiocito en la mano. Escuchaba las noticias. El subdirector lo abordó y se sentaron en el muro del corredor. Escobar se veía tranquilo. Hablaron de la cárcel, de cómo le parecía, de por qué se había entregado.

—Don Henry, aquí no va a pasar nada y yo voy a pagar lo que prometí. De aquí no me pueden mover y puedo ver a mi familia y a mis hijos. Si no fuera por ellos, hubiera seguido la guerra.

Escobar le explicó que sostenía esa guerra porque le mataban a su gente y la desaparecían sin decirles nada a las familias, pero si él mataba a un policía, lo ascendían, le hacían honores y la viuda quedaba con plata. Él tenía que luchar para proteger a los suyos. Le dijo que quería legalizar su negocio y que quizás un día sería alcalde de Envigado. Entonces, el subdirector vio la oportunidad de mencionarle su tema.

—Don Pablo, el director de prisiones dice que usted me tiene que autorizar para irme de aquí.

—Hasta hace unos días usted era el director de esta cárcel —dijo Escobar—. Ese Pataquiva se me palanqueó muy bien y me lo tuve que aguantar, pero en un mes lo saqué y usted queda de director. Aquí le vamos a dar un sobresueldo y un Mitsubishi para que ande tranquilo.

—Don Pablo, yo no me puedo quedar aquí, estoy que me pensiono. Por más plata que uno tenga, esa plata es maldita, en cambio la pensión es para toda la vida, y si uno se muere se la dan a la esposa y si tiene un hijo bobo también se la dan. Me faltan dos añitos y si me echan de aquí la pierdo.

A Escobar le habían hablado bien del subdirector por sus años en Bellavista, donde conoció a muchos delincuentes que habían tenido relación con el narcotráfico. En sus manos estaban la designación y los traslados de patio, y los presos lo consideraban un hombre serio.

—Si se quiere ir, váyase, pero aquí no le va a pasar nada, no lo van a echar; tranquilo que yo hice un pacto con el Estado —le dijo Escobar y lo invitó a desayunar.

La alimentación en la cárcel corría por cuenta del capo y la preparaba su propio cocinero, apodado ‘Chef Barrigas’.

—Uno le pedía huevitos, chocolate o café, arepa, lo común —dice el subdirector.

Con el visto bueno de Escobar, todavía restaba conseguir una nueva resolución del ministerio que lo devolviera a la cárcel de mujeres —“las cosas se deshacen como se hacen”—. Mientras tanto, debía seguir en el cargo.

—Uno se sentaba en ese corredor a ver noticias con ellos. Subía mucha gente porque todos los días se entregaba alguno. A los dos días se entregaron ‘El Osito’ y ‘Pasarella’. Subía el alcalde de Envigado, la directora de Instrucción Criminal; el director de prisiones iba cada ocho días. Eso se mantenía lleno de funcionarios, y uno ni siquiera tenía que atenderlos. Allí no había nada que hacer.

En las primeras semanas llegaron dieciséis presos. Pasaban los días entretenidos, charlando, recibiendo visitas. Escobar era serio, de pocas palabras, y muy concreto para dar órdenes. Le gustaba atender las visitas en su habitación.

—Para entrar a La Catedral el que daba la orden era Escobar y no el director; mandaba una lista y Pataquiva no podía decir nada. El error es pensar que un preso está aislado. Allí tienen más contactos que afuera. En esas visitas cuentan todo, dicen dónde están las armas y la plata, dan órdenes, y uno queda sano porque cree que están detenidos.

En el corredor había un billar y una mesa de ping-pong, y contra la montaña una cancha de fútbol. Jugaban a cualquier hora. No había horarios, no había reglamento. Dormían y comían cuando les daba la gana. Escobar se acostaba a la madrugada. Le preocupaba ser víctima de un ataque aéreo nocturno y por eso dormía de día, y se mantenía de tenis y de bluyín por si tenía que salir corriendo. El mensajero, apodado ‘Miro’, antiguo compañero de bachillerato de Escobar, salía todos los días por la mañana y regresaba por la tarde con la prensa del día y muchas razones.

—A uno lo nombran para cuidar al preso, pero allí el preso lo cuidaba a uno —dice el subdirector, quien llamaba casi a diario a algún conocido del ministerio a preguntarle por su solicitud.

—Falta la firma del ministro —le decían.

Al mes apareció el director de prisiones con la resolución.

—Ese mes no conversé más con Escobar, apenas nos saludábamos. El día que me despedí, me pidió que le tramitara un duplicado del cartón de bachiller porque quería estudiar periodismo a distancia.

—Hágame una vueltecita en Medellín —le dijo Escobar.

—Si no me mete en líos, se la hago.

El subdirector habló con el rector del colegio Lucrecio Jaramillo (el vespertino del Liceo Antioqueño) e hizo los trámites en la Secretaría de Educación. Ya de vuelta en El Buen Pastor, envió el diploma con uno de los abogados de Escobar.

En su reemplazo en La Catedral nombraron a un mayor de la Policía. Pataquiva duró seis meses y también fue reemplazado por un oficial de la Policía.

—Completé los dos años que me faltaban y me jubilé —dice el subdirector.

La única persona que no quería estar con el capo en la cárcel le hizo un favor que pudo haber sido el inicio de una nueva vida. Por supuesto, muy pronto las modestas intenciones periodísticas dejaron de interesar a quien todavía controlaba uno de los negocios más lucrativos del mundo. ☪

Versión para Universo Centro un capítulo del libro *Mirando sólo a la tierra. Cine y sociedad espectadora en Medellín, 1900-1930*. Cuando los toros, la luna, los bailes y los magos acompañaban al proyector. Estrenos.

## Sociedad espectadora



por GERMÁN FRANCO

En octubre de 1912 la señora Isabel Parra de Vidal fue aplastada por una turba de ciudadanos que intentaba entrar a la proyección de la película *La pasión de Jesús* en el Teatro Circo España de Medellín. La ciudad, alarmada por la muerte de la anciana, debatía maneras de controlar los desórdenes, al parecer ocasionados por la venta excesiva de boletas. Ya había tradición de espectáculos masivos en Medellín, en el antiguo Teatro, en el Circo y en los parques: retretas, ópera, zarzuela, teatro, circo, toros y bailes, entre muchos otros, pero nunca había sucedido algo tan grave. Los pobladores se atropellaban boleta en mano y codo alzado para entrar por encima del que fuera, literalmente, y ocupar uno de los cinco mil cupos de las graderías del Teatro Circo España para ver la película bajo las estrellas: se estaban convirtiendo en espectadores de cine.

La historia de esta “conversión” empezó el 22 de marzo de 1895, cuando los hermanos Lumière proyectaron en París la película *La salida de los obreros de la fábrica*, primera filmación secuenciada de imágenes fijas que, proyectadas a dieciocho cuadros por segundo, recreaban la sensación de movimiento. La proyección, que se realizó gracias al cinematógrafo (máquina patentada por los Lumière), se repitió en Europa con

insistencia junto a otras películas como *La llegada del tren* y *El desayuno del bebé*, todas documentales, mudas, en blanco y negro. En 1897 pisó tierra colombiana, en el puerto de Colón, el vitascopio de Edison, que no era exactamente el cinematógrafo de los Lumière sino otra máquina de proyección de imagen en movimiento. Fue de Colón a Barranquilla, y luego a Bogotá y Bucaramanga. La misma máquina hacía una gira que anunciaba el futuro itinerante de las proyecciones de cine en la década siguiente. No se vendían proyectores, ni había películas, ni salas, ni luz, ni operarios, ni empresas de exhibición.

El sacerdote Humberto Bronx sostiene que la primera función se presentó el 1 de noviembre de 1898 y luego se hicieron otras funciones en Rionegro. Los proyectores iban de un lado para otro, como una compañía de circo, lanzando sobre telones blancos imágenes en movimiento por un rato, y luego partían con su magia a otra parte. Hasta ese momento se parecían más al circo y a los magos; no interesaba tanto el contenido de las películas como las virtudes mágicas del aparato, lo maravilloso de sus efectos.

La realidad en Colombia, o por lo menos en Medellín, en ese sentido fue muy diferente al caso francés, donde un poco más de un año después de la

primera exhibición de cine de los Lumière se realizó la primera proyección paga y se creó una industria de producción sistemática de películas, de exhibición y de consolidación de públicos.

Cuando murió doña Isabel, ya hacía diez años Georges Méliès había producido *El viaje a la luna*, historia de ficción en cine rodada y proyectada con gran éxito en Europa en esa primera década de 1900.

El de la producción de películas de ficción no es un dato más. La magia transformadora del cine radicó más en la capacidad de contar historias que en la de proyectar imágenes en movimiento. Dicho de otro modo, el poder del cine no estuvo tanto en el cinematógrafo como en el cineasta. Las películas de Georges Méliès fueron exhibidas en Medellín en 1904 en un proyector Pathé, en un evento que la prensa local reseñó así:

“Ante selecta y numerosa concurrencia exhibieron la primera vez en nuestro teatro, los señores Emilio Sposito B. y Julio A. Pocaterra, el cinematógrafo Pathé. El público en su totalidad iba casi predisposto en contra del espectáculo, sin duda por la experiencia que le dejaron otras representaciones de esa índole. Y hubo de sufrir, sin embargo, un agradable desengaño: pues salió perfectamente satisfecho. Son de recomendar con especialidad los cuadros

animados del viaje a la luna, de Julio Verne, los bailes y las vistas en colores que son muy hermosas y se proyectan con bastante perfección”.

La referencia a las “vistas” de colores posiblemente obedece a que el mago Méliès pintaba a mano los cuadros en algunas de sus historias. Mientras en Europa ya había industria, producción, espectadores y salas, y se contaban historias a través del cine, en Medellín el público seguía encantado con toros, magos y prestidigitadores y, ocasionalmente, algunas peleas de boxeo.

Todo eso empezó a cambiar con la confluencia de varios acontecimientos: la consolidación de un público para el cine, el surgimiento de empresas de distribución, la creación o adecuación de sitios para la exhibición cinematográfica, la pretensión de usar el cine como instrumento de proyectos educativos, el uso del cine como complemento de espectáculos de entretenimiento y la producción propia.

Las prácticas colectivas de entretenimiento social previas a la llegada del cine evidenciaban una sociedad parroquial, no una sociedad espectadora, pero sentaron las bases para el surgimiento de un interés generalizado por ver películas, valorarlas y criticarlas, amar y odiar a los héroes, extasiarse en la sala, superar el tedio en silencio pero acompañado de los otros y de sus



## El cine como magia

No se tienen registros del uso del cine en otros espectáculos públicos del Circo España como el boxeo, o demás actos deportivos, pero sí por parte de cirqueros, magos y prestidigitadores. En la primera década del siglo XX, y aún hasta la primera mitad de la segunda década, fue corriente la comunión bajo una misma carpa del cine y el circo. Se sabe del éxito rotundo que tuvo en febrero y marzo de 1915 la proyección de la película *Los Zubagos* como parte del espectáculo que ofrecía en la ciudad el Circo Tatalí.

Los magos y prestidigitadores que con más frecuencia visitaban Medellín eran el Profesor Arak, el ilusionista Sr. Fríddoli, el faquir Capitán Segre y la Compañía de Acrobacia Rómulus. Hay registros del uso del cine por parte del mago Arak y del Sr. Fríddoli, directamente en su lista de espectáculos o como complemento de los mismos. En mayo de 1914 se evidencia con beneplácito en distintos medios la calidad de la película *El indio bravo o Haz el bien y no mires a quién*, proyectada en medio de un espectáculo del mago Arak.

El público tenía la expectativa de maravillarse con las imágenes que el cinematógrafo entregaba y el mago programaba. La virtud del artista, en este caso, estaba en la selección de las películas, asunto nada sencillo si se tiene en cuenta que el cine disponible en la época era “excesivamente obvio”. El tradicional mago Arak, que visitaba la ciudad cada año, en 1914 aparecía ya como un empresario del cine. El cine compartió palmas con los magos y, mágicamente, convirtió a algunos en empresarios del cine.

## Las películas cantantes

Otro tipo de espectáculos con los cuales el cine compartió palmas fue la música. La retreta, el espectáculo musical más frecuente y cotidiano en la ciudad, que no funcionaba por temporadas sino regularmente y habitó a su público, no usó el cine, o, al menos, no hay registros de proyecciones de cine en la retreta, aunque esta sucedía a las 6:30 p.m. los jueves y domingos, al aire libre en las primeras dos décadas del siglo, hasta que en 1915, por solicitud del director Gonzalo Vidal, se cambió para las 11:00 a.m.

La única presentación de canto y cine de la que se tiene registro sucedió en 1916, y se trató de una presentación del Dueto Hispanoamericano que alternó con la película *Oro que mata*. Pero el cine sí se dejó acompañar por la música de varias maneras: para que la música acompañara las proyecciones de cine mudo, y para que el cine fuera una pieza musical adicional en conciertos y recitales.

Hay que tener en cuenta que el cine, producido inicialmente en Europa y Estados Unidos, no era sonoro (el que se exhibió hasta finales de los veinte era silente, pues el cine parlante se popularizó en la década del 30), pero rápidamente las empresas productoras empezaron a acompañar la distribución de las películas con una partitura para que se interpretaran esas piezas musicales durante la proyección del filme.

En Colombia, en algunas proyecciones, sencillamente se disponía de un intérprete cualquiera que acompañara la proyección interpretando cualquier melodía. En estas películas no sonaba lo que los personajes decían, así como no sonaban el paisaje ni el ambiente. El diseño del espectáculo incluía, entonces, la selección de piezas musicales e intérpretes que “sacaran de apuros” a los programadores acompañando la película o complementándola. Durante la temporada de cine de febrero de 1909, la Lira Antioqueña amenizó con música la función de cine con tal maestría que los aplausos fueron más para los músicos que para la película. La prensa lo registró con frases como esta: “Son muy dignos de felicitaciones porque muchas veces sacan de grandes apuros a los empresarios de espectáculos públicos...”. La música, y en Medellín los músicos, robaron palmas al cine. ☺

corridas sucedían en el Teatro Circo España, por lo que se supone que empezaron realmente en 1910, cuando se inauguró este sitio, y se tienen registros hasta la corrida de junio de 1916 en la que alternaron Almaceno II y Volantín con la película *Lucha y corazones*.

Se llevaba a cabo la corrida de toros, y luego, al caer la luz del día, se proyectaba cine contra un telón en medio de la arena o contra un costado de las gradaderas. Esta situación también es reseñada por Humberto Bronx en *Breve historia del toreo en Medellín: Gabriel Castro 'El Picador'* (1959).

Durante la corridas de toros y las proyecciones de cine en el Circo España los pobres ocupaban el tendido de sol, por lo que resultaban ubicados en la parte posterior de la sábana de proyección; es decir, veían la película por la parte de atrás del telón y, por tanto, las imágenes al revés de como fueron rodadas. A raíz de esta situación se han tejido teorías sobre las formas de ver cine de los pobres que merecen ser cuestionadas, como, por ejemplo, que debían usar espejos para entender la película. No hay registros de tal situación, y no tendría sentido, pues las películas no venían subtituladas sino, ocasionalmente, con intertítulos en inglés, de manera que daba lo mismo hacerle frente a la sábana o atrás de ella; igual nadie iba a poder leer. Y aunque las personas ubicadas en el tendido de sol veían la película al revés, esta situación solo cambiaba la dirección de las acciones, y no era necesario un espejo para comprender el relato.

Adicionalmente, hay que considerar que al principio la gente no iba a ver cine sino la corrida. Los precios de las boletas en el Circo España eran a veces diferenciales y a veces únicos; de hecho, hay muy pocos registros de tarifas diferenciales para sol y sombra. Esta aclaración es importante porque el cine fue un espectáculo caracterizado por juntar a las distintas clases sociales. No fue el primero en hacerlo, pero sí es una característica de la sociedad espectadora: la segregación en las salas no funcionó (ni en el circo España) y no se pretendió hacerla, pues en las formas de organización de los asistentes el cine heredó más la tradición del circo, el *vaudeville* y los espectáculos populares, que las formas de asistencia a espectáculos de la élite “culta”.

El uso de los empresarios de los toros dieron al cine se diferencia del que se dio en las obras de teatro en que el cine no era un acto solamente, sino el acto final, a oscuras, luego de la corrida. Es posible imaginar a los asistentes presenciando la proyección después de la algarabía, del clímax ante la espada, luego de la muerte del toro... Tal vez allí (y no en el teatro) los medellinenses empezaron a aprender a hacer silencio en cine.

propias motivaciones profundas y temores; es decir, de una sociedad transformada en sociedad espectadora por sus modos de ver.

Las primeras exhibiciones las hacían negociantes ambulantes, la mayoría extranjeros (aunque se tiene registro de por lo menos un emprendedor local, el Sr. Ricardo Abreu, quien en abril de 1913 compró un proyector y se dedicó a hacer giras por la región), que se veían obligados a repetir muchas veces la misma película y con frecuencia tenían problemas técnicos. Si la proyección era en el circo, sucedía al aire libre y estaban sometidos al clima. Las fuentes de energía para alimentar el motor de los proyectores no eran estables, pues hasta 1915 las quejas por la inestabilidad y ausencias de luz eran frecuentes. Los proyectores de carbón no eran prácticos para las proyecciones de cine. Adicionalmente, los proyectores no eran máquinas para soportar los viajes, el trajín y el genio del público y de los mismos operarios.

Luego de las proyecciones que exhibían las cualidades mágicas del aparato, vinieron las que eran complemento de otras actividades: el cine como gancho para charlas educativas y como acompañamiento de espectáculos de entretenimiento. Por ejemplo, la Compañía de Teatro Barragán usaba el cine en medio de las representaciones teatrales, y también era usado con frecuencia como remate de las corridas de toros.

Cuando se empezaron a hacer proyecciones sistemáticas de películas, en las cuales el cine era el único protagonista del espectáculo, se anunciaban “vistas” nuevas, lo que indica que la repetición era frecuente. También se promocionaban proyectores de buena calidad, lo que evidencia que muchos se dañaban, frustrando el espectáculo y a los espectadores. Es importante tener en cuenta que el término “vistas” se usaba indistintamente para cine, fotografías, ilustraciones y dibujos.

Un ejemplo de lo dicho es la forma como la prensa local registraba las proyecciones en 1908. Al referirse al espectáculo cinematográfico, son frecuentes las referencias a la escasa concurrencia y al funcionamiento deficiente de los proyectores: “en las vistas cinematográficas se notó más claridad y mejor funcionamiento que en las de la primera”; pedimos “que en las próximas representaciones haya más correcciones en el manejo del aparato”.

Hasta 1913 se observan referencias a cuando las temporadas de lluvia coincidían con las de proyección de cine, situación desastrosa pues el Circo España era descubierto. No son escasas las menciones a la poca asistencia y a la lluvia que hacía de la proyección una “mala noche”:

“Con regular público se dio la función del jueves a pesar de la lluvia. Las vistas fueron del agrado del público, por lo general, aunque hubo algunas ya conocidas”.

## Un acto más en el teatro

Las primeras veces en que el protagonista del cine no fue el proyector ni el proyeccionista sino las películas tuvieron lugar en medio de otros espectáculos públicos que consideraban al cine como un acto más; se presentaba el contenido de la obra que fuera (teatro y toros, principalmente) y en algún momento de la presentación se proyectaban películas del cinematógrafo.

El uso del cine como complemento de las obras de teatro empezó tímidamente con presentaciones de la Compañía Fábregas, y principalmente en 1913 con las presentaciones de teatro de la Compañía Barragán, que incluían proyecciones de películas de cine como si fueran un acto más de la representación teatral. No se usaba el cine para ambientar la presentación de la obra, sino que se interrumpía la representación en vivo mientras el público apreciaba unas imágenes en movimiento, o la película hacía parte de una serie de actos de representación. En Medellín, el uso del cine dentro de la representación teatral no fue sistemático ni se prolongó en el tiempo. No hay registros de estos usos hasta los años finales de la década del 10.

## Un acto más en los toros

En los toros, en cambio, el cinematógrafo acompañó las corridas durante varios años consecutivos hasta que incluso se hizo normal ver anunciada la corrida con el nombre de la película. Las proyecciones y

# INTERVIÚ

por ELKIN OBREGÓN



melodramas. El Teatro Junín, cuando oficiaba de cine, que es lo que aquí concierne, tenía el stock de las películas mexicanas, que estaban en él como en su casa; sí, María Félix, y Libertad Lamarque, Arturo de Córdova, Jorge Negrete, Pedro Infante, la sicaléptica Ana Luisa Peluffo, que el dios Eros bendiga. Por cierto, fue el Junín escenario del debut, despedida y beneficio de *Colombia Linda*, un bodrio que llevó a la quiebra a la empresa Procinál, y de paso a su dueño o principal animador, Camilo Correa; Camilo era un cineasta empírico, sin técnica ni idea alguna de narrar en imágenes; y un iluso redomado, y, como tal, merece mis respetos.

F. M. — Alguna vez hablamos de los cines continuos.

E. O. — Bueno que me lo recuerdes. Surgieron a finales de los años cincuenta; el primero se llamó “Newsreel, cine al día”, y quedaba por Junín, junto al Hotel Europa. Muy pronto aparecieron otros dos, el Caracas y el Cinelandia. Terminada la sesión, tras un corto intermedio, todo volvía a empezar. Solían estas salitas proyectar cortos, noticias, dibujos animados, y, como postre, el episodio de la serie que todos esperaríamos. Las “series” eran una fórmula del Hollywood de esos tiempos, que funcionaba exhibiendo cada semana un

episodio para continuar en la siguiente. Gracias a ese feliz invento pudimos disfrutar de Superman, de El Fantasma, de La Sombra, de El Capitán Marvel, de Flash Gordon, de El Zorro, de El llanero solitario, casi todos héroes tomados de los cómics, o bien de las *pulp fictions*. No siempre era así, a veces daban películas completas. En el Cinelandia vi por primera vez una de mis películas de culto, *El mago de Oz* (la versión de Judy Garland, por supuesto), portadora de un mensaje que todavía no comprendo del todo, pues no sé si triunfa en ella la realidad o la fantasía.

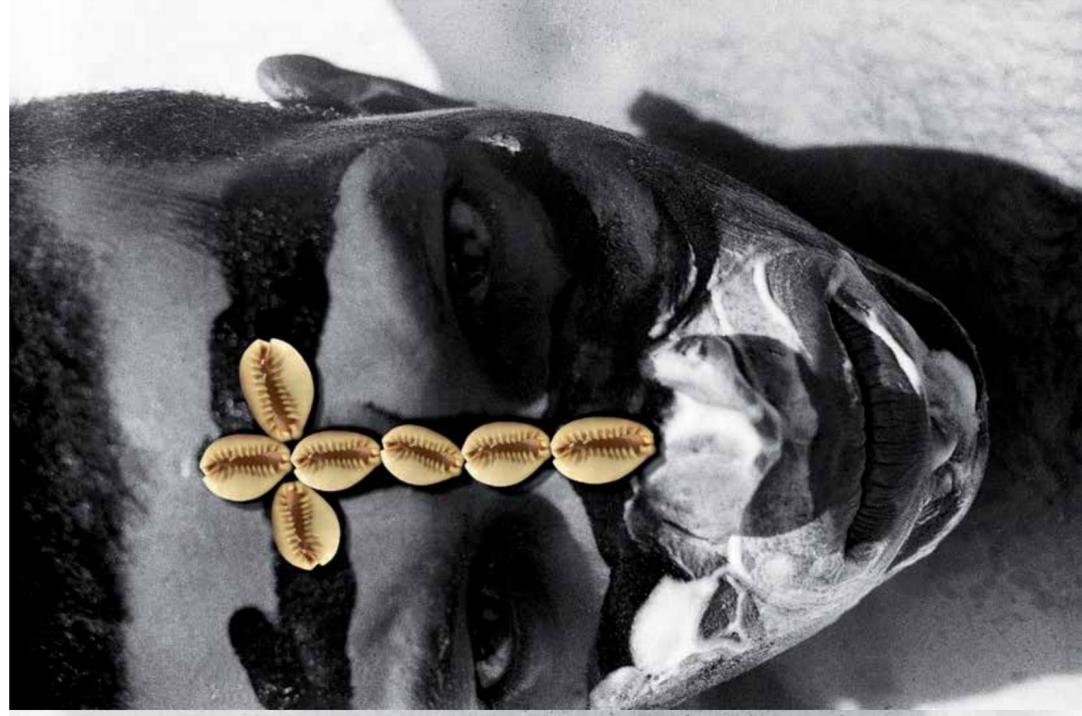
Bueno, luego aparecieron El Cid y el Libia, ambos de Cine Colombia. El Cid era inmenso. El Libia, más recogido, fue “la joya de la corona” de esa empresa —en los tiempos de doña Teresa Gómez—, que enviaba a esa pantalla las cintas más selectas de sus arcas. Y lo eran: se estrenó con *Muerte en Venecia* de Visconti, y presentó siempre excelentes filmes, como *El inquilino* de Polanski, *Teorema* de Pasolini, o *El fugitivo* Josey Wales, regreso triunfal de Clint Eastwood a los auténticos *saloons*. Diagonal al Libia existió el Diana, luego degradado —obediencia a su actual entorno—, a menesterosa sala X llamada México. Pero no puedo olvidar el Diana, amable espacio que presen-

tó entre otras buenas cosas *Camino a Salinas*, donde Mimsy Farmer me regaló el desnudo más bello que jamás he visto, dentro o fuera de la pantalla; no porque su breve aparición *in puribus* fuera especialmente insinuante, sino porque ella era una criatura bendecida por los dioses con el don inefable de la desnudez.

Dejando muchas cosas en el tintero, permíteme un último párrafo para Cine Centro, ubicado a dos cuartos del Parque Bolívar, rumbo a Prado. Lo administraban dos jóvenes entusiastas, empeñados en dar a Medellín una última oportunidad comercial de ver buen cine. Y así lo hicieron, contra viento y marea. Con decirte que allí se estrenó *El cielo protector*, de Bertolucci. Como era predecible, Cine Centro quebró. Volviendo a *El cielo protector*, te cuento que la vi con una novia. Después, tanto Bertolucci como yo entramos en decadencia.

F. M. — Tu decadencia es obvia. Ni siquiera mencionaste a Aguirre, ni a “Pacholo”, ni al Colombo.

E. O. — La tiranía de los caracteres, y del mal historiador. Más adelante, si quieres, seguimos trinando. ☺



Javier Mojica Madra  
Yo soy Babalú  
2006.

Esta obra hace parte de la exposición *¡Mandinga sea!*  
*Africa en Antioquia*, que estará abierta en el  
Museo de Antioquia desde el 3 de diciembre de 2013  
hasta el 21 de febrero de 2014.



## Aquí se cocina Universo Centro

Bar El Guanábano  
Cra 43 # 53 - 21 Parque del Periodista

# LAS MULLAS DEL AMAZONAS



La llegada al aeropuerto de Villavicencio tiene que ser antes de las 6:00 p.m.



Aterrizaje de un DC3 de la aerolínea Aliansa en el aeropuerto Vanguardia de Villavicencio.

## Fotografías de Luca Zanetti

En el hangar de la pequeña aerolínea Aliansa los mecánicos están ocupados en el mantenimiento de rutina de un viejo aeroplano Douglas DC3 de 77 años. Cerca de once mil de estos aeroplanos fueron construidos en Estados Unidos entre 1934 y 1945. Por su velocidad y autonomía de vuelo revolucionaron las rutas comerciales, y tuvieron un rol importante en la Segunda Guerra Mundial transportando tropas. Una versión similar construida por los fabricantes japoneses Nakajima y Showa voló en contra de los Aliados durante el conflicto. Años más tarde, al inicio de la Guerra Fría, fueron usados en el puente aéreo de Berlín Occidental.

Avianca, una de las aerolíneas más viejas de América, trajo a Colombia el primer DC3 en 1950. El último, construido en 1944, llegó al aeropuerto Vanguardia de Villavicencio en 2012, después de haber servido a la Fuerza Aérea de Estados Unidos y de haber terminado su vida útil en Canadá en 1993. Estuvo exhibido en el Museo de Aviación de Nueva York hasta que lo compró una aerolínea colombiana con la intención de traerlo de nuevo a la vida y al aire.

Diez de estos aviones todavía funcionan en los Llanos Orientales y las selvas colombianas, donde no hay caminos ni trenes y el único medio

alternativo a volar es el río, que es lento, caro e inseguro. Allí, sobre llanuras y selvas aparentemente interminables, el DC3 encontró su nicho. Su principal ventaja, según los pilotos, es su capacidad de aterrizar a velocidades tan bajas como 120 kilómetros por hora con 2,8 toneladas de carga y pasajeros, por lo que es ideal para aldeas y pueblos con pistas de aterrizaje cortas y sin pavimentar.

Las personas le llaman “la mula”, “el bus” o “el tractor de la selva”, y puede transportar personas, ganado o carros pequeños. El capitán John Acero, de 51 años, dice que el DC3 “es dócil; mis brazos se vuelven una extensión de las alas y responde a mis pensamientos. Cuando hace mal clima, le hablo y trato de calmarlo para que me responda”.

Pilotos de DC3 como él realizan muchas tareas que van más allá del simple trabajo de volar: verifican que las agencias no los engañen con el peso—si el avión cae, ellos caen—, drenan el agua acumulada, hacen el plan de vuelo y revisan el clima, que es imprevisible. El DC3 tiene un radar y un GPS, pero no tiene piloto automático. Además de usar imágenes satelitales, los pilotos se comunican con el aeropuerto de destino para verificar el estado del tiempo. El reconocimiento visual del terreno es esencial en la aviación. UC

**Lupita**  
El Verdadero Sabor  
Peruano y Mexicano  
**Menú del Día**  
Encuentra en nuestra carta  
Exquisitas especialidades Peruanas y Mexicanas  
Abrimos Domingos de 12 a 5pm  
**DOMICILIOS**  
218 27 41  
Carrera 43 N. 52-40  
(Girardot entre La Playa y Mercedes)

**Domicilios**  
5 12 94 63  
Parque San Antonio 1er piso Alianza Francesa Cra. 49 No. 44 a 94  
**Café Alianza**  
Restaurante

**Juega con nosotros**  
**RESPIRA VIDA**

Somos portadores de emociones  
Nuestra adicción es la alegría y el amor  
Nos embriaga la pasión de practicar nuestro deporte favorito

Los escenarios son espacios gratis, libres de humo, sustancias psicoactivas, licor y armas.

**inder** Alcaldía de Medellín  
**Medellín** todos por la vida  
Alcaldía de Medellín



www.arteprensa.info



Aterrizaje cerca de Mitú y del río Vaupés.



Vea la serie completa en [www.universocentro.com](http://www.universocentro.com)



“El avión es dócil; mis brazos se vuelven una extensión de las alas y responde a mis pensamientos. Es muy suave, especialmente a bajas velocidades, cuando aterrizamos en caminos sin pavimentar. Cuando hace mal clima, le hablo y trato de calmarlo para que me responda”. John Acero.



Algunos avances tecnológicos, como el tren de aterrizaje retráctil, primero fueron aplicados al DC3.



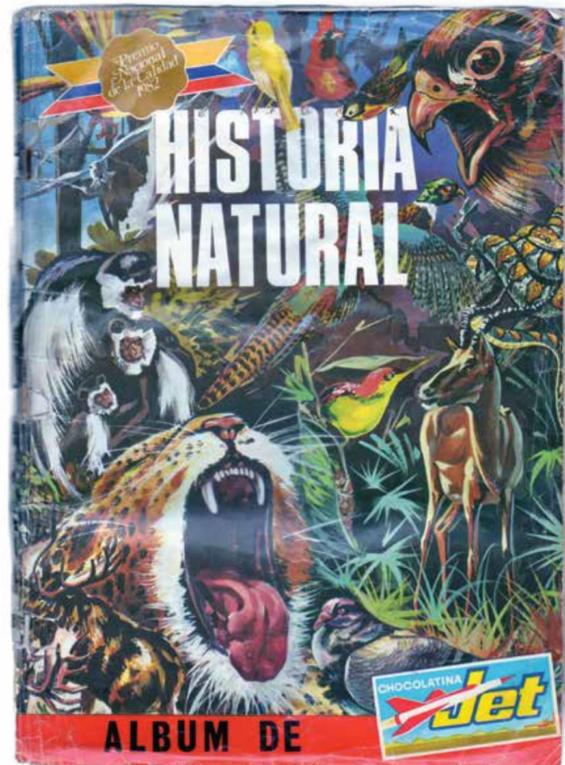
Las personas le llaman “la mula”, “el bus” o “el tractor de la selva”.



El kit de seguridad para la selva incluye un machete, un hacha y una pistola de Bengalas.



En el pequeño pueblo La Macarena, en la región del Meta, una carreta con una mula es descargada en un DC3 de la aerolínea Sadelca.



130. ARANA SALTICIDO APRESANDO UNA MOSCA. A diferencia de otras variedades de araña, que son incapaces de apresar a sus víctimas si éstas no acuden a la red, la araña salticido, provista de poderosas mandíbulas, es capaz de saltar sobre su presa.



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

## IGNORANCIAS

Sabemos que Cristóbal Colón murió ignorando haber pisado un nuevo mundo. Se atribuye ese descubrimiento crucial a Américo Vesputio, quien habría llegado a él dos lustros después. Pero las cartas y relatos de Vesputio, las confusas y laberínticas descripciones de sus viajes, algunos reales, otros al parecer imaginarios, su propio y contradictorio carácter, lo llevan a uno a dudar de tal aserto. Yo, por puro y culpable romanticismo, hubiera querido otorgar ese honor a Núñez de Balboa, de brazos abiertos frente al mar que acaba de descubrir (por desgracia, las frías cifras de la historia lo dejan en eso, que no es poco: descubridor de un océano). Tal vez la verdadera crónica de esos hechos jamás se sabrá. Así suele ser la historia, llena de misterios insolubles: desde el primer hombre hasta el Palacio de Justicia.

Nunca he entendido por qué en Argentina no hay negros. Quizás se topa el lector con uno o dos en el *Martín Fierro*, de José Hernández; y era negro Joaquín Mora, el autor del bello tango *Margarita Gauthier*. Pero son tres oscuras golondrinas.

Muchas teorías han surgido y surgirán (es tema recurrente) sobre el presunto verdadero autor de las obras de Shakespeare. Todas ellas aportan datos, hipótesis, afirmaciones, y se contradicen entre sí. Nunca sabremos la verdad de ese enigma, si es que enigma hay. Lo que todos estos investigadores soslayan es que, de haber existido un otro autor de las obras atribuidas a Shakespeare, ese autor sería Shakespeare.

Y, bueno, quién descubrió el amor, logro humano más trascendental que el de la escritura o el arte; de los dos últimos se tienen referencias más o menos exactas. Pero el amor... Tal vez el que lo descubrió se murió sin llegar a saber la importancia de su descubrimiento. Como Colón.

### CODA

#### Dos anécdotas de Otto de Greiff

(Musicólogo, polígrafo, hombre de muchos estudios. Aunque sin la dimensión de su ilustre hermano, también fue poeta, más olvidado hoy de lo que merece).

La primera se la oí al propio don Otto. No me la dijo a mí (no tuve el honor de tratarlo), la oí, como si dijéramos, "por el rabillo del oído": iba Otto por la carrera Séptima de Bogotá, y vio que por la acera del frente venía Juan Lozano (el de antes, no el de ahora). Cuando Lozano lo vio, se apresuró a cruzar la calle, y le soltó, a manera de saludo: Otto, ¿tú qué piensas de la decadencia de Occidente?

En 1967 Otto ganó un concurso de ensayos sobre Rubén Darío. Eligió para presentarlo el pseudónimo 'León Metapa' (el nombre de la ciudad donde murió Darío, y el de la población donde nació). Cuando supo de ese pseudónimo, su hermana le telefonó, indignada, para reprocharle su exceso de humildad. ☪

# EL ÁLBUM DE MI CABEZA

por JUAN CARLOS ORREGO

Cuando mi hermano me llamó para decirme que el álbum de Chocolatinas Jet había cambiado nuevamente, me apresuré a bajar al Centro, a la esquina nororiental del cruce de Ayacucho y Junín; allí donde, desde hace milenios—por lo menos me consta que es así desde 1985—, están apostados los revendedores de láminas de todos los álbumes conocidos en la ciudad. Mis hijos y yo nos habíamos empeñado en llenar, desde su estreno hace cuatro o cinco años, *El mundo de los animales prehistóricos y en peligro de extinción*, el cual acababa de ser archivado por la Compañía Nacional de Chocolates en virtud del lanzamiento de la nueva colección, el muy flamante *Planeta sorprendente*. El problema era que del primero nos faltaban aún cinco láminas.

Para alivio de mis hijos, soy un baquiniano en las lides del "álbum Jet". Con mi hermano, el siglo pasado, llenamos tres veces el clásico álbum *Historia natural*, y luego, en los pocos ratos de esparcimiento que me dejaron los primeros años de matrimonio, completé dos veces por mi propia cuenta *El mundo de los animales*. Me forjé en el paciente y costoso oficio de tener álbumes desde la más tierna edad, cuando llené *Baby Zoo* y *Naturalia* y casi completé un álbum que siempre he tenido como mítico, cuyo recuerdo se me antoja cada vez más fantástico: *América y sus habitantes*, colección de imágenes de indios, animales, plantas, ríos y montañas que me permitió llegar al grado séptimo como un avanzado en geografía y ecología americanas (mérito que, dicho sea de paso, nunca conmovió a la profesora de sociales, patéticamente prendada de las gracias flacas de mi condiscípulo José Guillermo Gómez Mesa). Gracias a *América y sus habitantes* supe lo que eran un huemul y un algonquino, y que el Salto del Ángel era la caída de agua más grande del mundo. En cambio, apenas me quedan imágenes confusas de Carlos Caszely, Claudio Gentile y otros rostros del álbum *España 82*, cuyas láminas sueltas guardábamos mi hermano y yo a hurtadillas, dado que los códigos maternos nos prohibían tajantemente coleccionar el oneroso "Figurine Panini".

El primer *Historia natural* lo llenamos apenas en 1992, cuando recibí la comisión de ir al Centro a comprar el "caramelo"—como hasta hace poco llamaban los niños a las láminas— del "Oso blanco", número 184. Hasta entonces—yo ya estaba en el primer semestre universitario—, la ilusión de completar el álbum se había visto truncada; se había convertido en todo un camino

de espinas. Nuestra afición chocó una y otra vez contra la dificultad de adquirir los "escasos", láminas de restringida circulación cuyo solo avistamiento, así fuera en manos ajenas, era una hazaña. Uno podía, legítimamente, envidiar al niño que tuviera el "Pitecántropo", la "Chinchilla", el "Pingüino real", el "Proteus anguinus" o las "Inundaciones" y, ya en un colmo de fortuna, el "Patito", verdadera rareza que apenas me fue dado contemplar por primera vez cuando tenía trece años y una sombra de bozo. Cuando, dos años atrás, vacié mis fondos en la Cooperativa Belén para financiar un costoso negocio con los traficantes de Ayacucho con Junín, estos, con la hosquedad que siempre les ha sido característica, no condescendieron a mostrarme el "Patito", sin importarle que yo llevara 500 pesos para invertir en láminas.

El álbum *Historia natural* representó una prueba de fuego a mi personalidad obsesiva. Lo primero que tuve que soportar fue que—por razones que se me escapan y que, supongo, fueron consideradas en una grave junta de la Compañía Nacional de Chocolates— algunas láminas fueron cambiadas antes de que en casa pudiéramos llenar el primer álbum; por ejemplo, la "Lluvia de estrellas", número 505, fue trocada por el "Transbordador espacial", y el "Pez piloto", número 368, por el "Escarabajo espina". Yo sentía como si se practicaran trasplantes ilegales en mi cuerpo. También sentí trastornos mentales a raíz de la imposibilidad de conseguir los últimos once o doce escasos que restaban para llenar el álbum, hacia 1986. Entonces, loco, arranqué todas las láminas pegadas y las guardé en un mazo en mi cajón del nochero, acaso con la idea de anular los vacíos al prescindir de las hojas del álbum, cuyas casillas seriadas ponían en evidencia mis faltantes. De más está decir que al año siguiente estaba ante un nuevo álbum, expresados todos los propósitos de enmienda que el

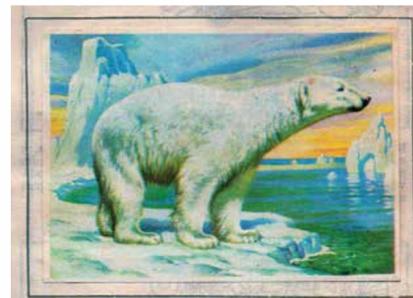
caso requería y entregado a la tutela de mi hermano. Algo bueno quedó, en todo caso, de tanta obsesión: un conocimiento erudito de todos los nombres y números de las láminas, el cual hacía que mi hermano y yo intentáramos, vanamente, vencernos en torneos interminables de preguntas: "¿Serreta mediana?", "¿351!", "¿Trepatroncos pigmeo?", "¿216!", "¿Lagarto armadillo?", "¿115!", "¿Cuál es el 408?", "¿La Jungla indochina!". Teníamos el álbum en la cabeza.

*Historia natural* también implicó algunos líos sociales. Mi hermano, por ejemplo, me zurraba cada vez que yo violaba su derecho a pegar las láminas o cuando le sugería pegarlas sin que hubiera terminado el proceso de aplanamiento al que él las sometía, bajo un rímoro de libros, para quitarles los dobleces con que salían del envoltorio (bien se ve que no era yo el único obsesivo en casa). Pero el más grave de todos los embrollos ocurrió cuando un tío treintón se empeñó en hacer el álbum por primera vez en su vida—¡cómo lo comprendo ahora!—. Quiso el Diabolo que encontrara la "Chinchilla" tirada en una acera y que, desprevenidamente, la pegara en el álbum como si se tratara del cromograma más vulgar (las "Columnas de basalto", por poner un ejemplo). La lámina desapareció a las dos horas, y después de una feroz requisitoria se descubrió que la habían birlado mis primos Bedoya, poco amigos de códigos y catecismos, quienes al principio de la investigación alegaron haber adquirido la lámina de manos de un "pelao" del Barrancón, en Bello. Acabado el juicio e impuesta, contra los reos, la sentencia de destierro de casa del abuelo, mi tío olvidó el álbum para siempre. Por lo demás, en el citado municipio nos tocó conocer extraños parajes y personajes asociados al cambio y reventa de láminas. Recuerdo muy bien haber visitado barrios proscritos, atravesado calles oscuras y penetrado en un cuarto lóbrego para obtener una entrevista con 'Chico', un timador

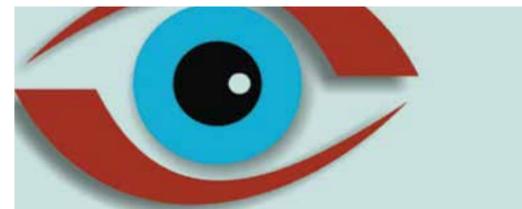
que quiso vendernos la "Acrópora surculosa"—un falso escaso— por un precio que solo podía pedirse por el "Patito" o, ya en pleno terreno de la audacia, por el "Rinoceronte bicornio".

Apenas son más amigables que Chico los traficantes del Centro. Se acomodan, en su esquina ruidosa, con la tranquila arrogancia de las arañas en su tela. Los clientes llegan para ponerse de inmediato en clara desventaja, perdidos por el deseo de ver completos sus álbumes. Impertérritos y despreciativos, los vendedores escuchan las temblorosas solicitudes que les hacen unos pobres diablos del todo impotentes para solucionar sus carencias. Las víctimas siempre se presentan *in articulo mortis*, cuando la apremiante culminación del álbum les ha envenenado el cuerpo de angustiosa ansiedad, y, de paso, traen la bolsa despanzurrada para que se saque de ella cualquier cantidad de dinero. Así, una sola lámina puede valer mil, cinco mil, diez mil pesos. Chantajeado por su fiebre, el coleccionista no tiene otro remedio que entregarse al abrazo mortal del predador, hipnotizado por la visión irresistible de la lámina soñada a lo largo de muchas noches (la imagen exacta del encuentro la sirve, justamente, la lámina 130 del álbum: "Araña salticido apresando una mosca"). En esa esquina céntrica dejé la piel cuando, en 1992, compré el "Oso blanco", y cuando, para completar el segundo y tercer álbum de *Historia natural*, fui, respectivamente, por el "Mapache" y la "Paloma". En mi reciente excursión al sitio vi al mismo vendedor de antaño, un moreno de catadura adusta que, según me han explicado, es tío de un genio del balompié contemporáneo, hoy en la liga española. Estoy seguro de que el hombre gana más por sus artes de revendedor que por los giros que eventualmente le envíe su pariente.

Logré conseguir las cinco láminas faltantes de *El mundo de los animales prehistóricos y en peligro de extinción* por un monto que no es conveniente revelar. En casa dejé que mis hijos tuvieran el honor de completar el sexto álbum Jet de la familia, mientras yo, con la melancolía que sigue al triunfo, me entretuve barajando un mazo de láminas repetidas. Por las asociaciones de rigor, muy pronto recordé la caja con mil 300 láminas sobrantes de *Historia natural* que en mi casa materna, a modo de prenda de nuestra feliz infancia común, había dejado en manos de mi hermano la víspera de salir a casarme. Él mismo me contestó cuando, un par de minutos después, marqué el entrañable número. Bastó con una sola frase: "Está hecho", le dije. Estoy seguro de que él recordó, una vez más, aquel día en que me hizo a un lado para pegar el "Oso blanco". ☪

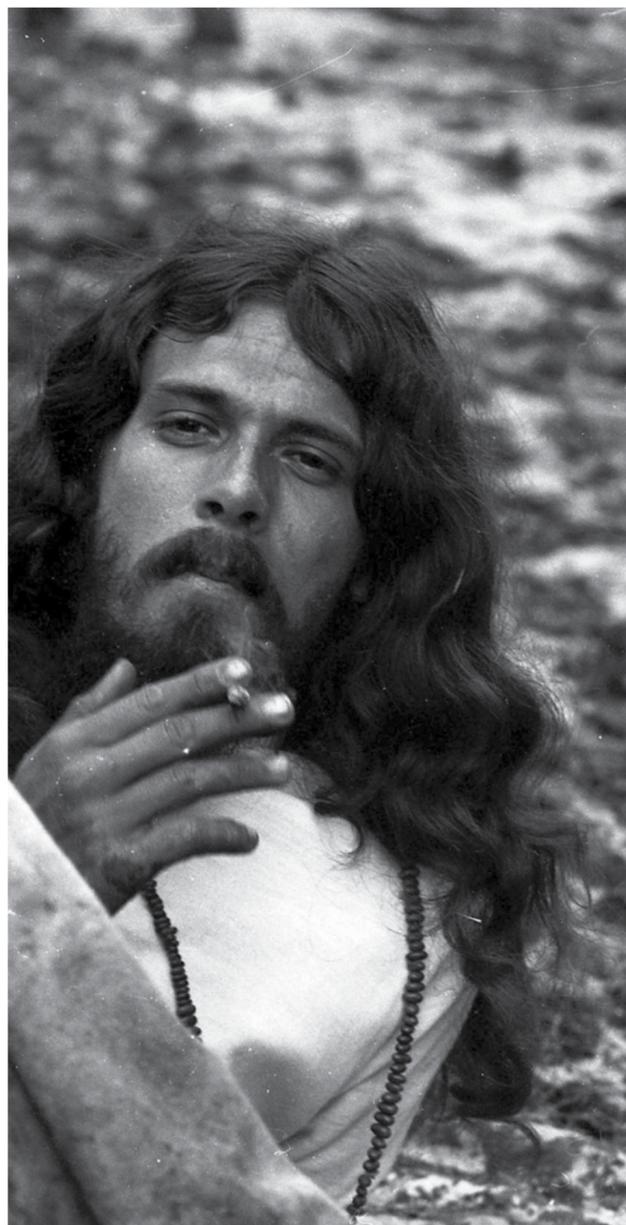


184. OSO BLANCO. Una de las pieles más majestuosas es la de este animal, de temperamento sanguinario, verdadero azote de la fauna ártica. Con sus fuertes colmillos y sus garras poderosas ataca a veces al hombre, cuando el hambre le empuja a ello.



**DR. GUSTAVO AGUIRRE**  
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.  
CIRUGÍA CON LÁSER

Clínica SOMA  
Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00



# Ancón LA LEYENDA CONTINÚA

por ÓSCAR DOMÍNGUEZ G.

Fotografías: Horacio Gil Ochoa - Archivo Biblioteca Pública Piloto



Valencia de Castaño, don Arturo 'El Comino' Abella, Hernando Santos, Germán Castro Caycedo, Juan José Hoyos, Elkin Mesa, Henry Holguín, Francisco Velásquez, Juan José García Posada, 'Doctor Rock', Jairo Osorio, Fausto Panesso, 'Manuel V' y Jaime González. 'Nos Tulio', hablando *urbi et orbi*, dejó claro que el festival atentaba contra la moral y las buenas costumbres, y lamentó que el entonces alcalde de Medellín, Álvaro Villegas Moreno, de 35 años, hubiera permitido semejante despelote en la ciudad que rezaba más rosarios por metro cuadrado en Colombia.

El joven Villegas, luego gobernador, congresista y presidente del Directorio Conservador, se jugó el puesto y fue más allá: inauguró el festival. "Gracias, maestro", le dijeron los olorosos organizadores. El contubernio con los jipis le costó el puesto. El "godito" del Villegas jamás se arrepintió de haber dado el permiso, y les dijo a los reporteros: "es el reconocimiento a una acción juvenil que no podemos tapar con las manos".

El influyente padre Fernando Gómez Mejía, encarnación de la inquisición paísa, desde su *Hora Católica Arquidiocesana* le puso papel carbón a la diatriba del prelado. No quería que sus ovejas se descarriaran. "Estos desvergonzados se van a bañar desnudos en el río", trino Gómez Mejía con su voz arzobispal en su programa del domingo. Germán Castro, enviado especial de *El Tiempo*, consignó en sus despachos que los habitantes de La Estrella proclamaron en un comunicado que "se trata de una reunión de seres anormales y deshonrados en su máximo (sic)".

Jaime Espinel, 'Barquillo'. Espinel reclamó para su movimiento la paternidad del famoso des-concierto. Ancón, dijo, fue la prolongación de las veladas en el Metropol, "bar de bandidos" situado en pleno Junín.

Elkin Mesa, enviado especial de *Cromos*, entrevistó a 'Carolo', alias Gonzalo Caro Maya, motor del festival, quien le confesó que la meta era "cambiar los conceptos que se tienen sobre el papel de las instituciones. Que el Estado sirva a la comunidad, no a los intereses de una minoría. Que el poder esté en manos de los capaces, no de los vivos o habilidosos".

De todas partes vinieron romerías para ver los desafueros y violaciones que se cometerían en Ancón. No hubo tal. Eso sí, la marachafa subió en ese improvisado Wall Street de la traba. Y como el hábito sí hace al monje, la gente bella lucía bluyines desteñidos, vestidos hindúes, botas campana, camisetas floridas y sicológicas, gruesas correas, zapatos de suela de llanta, sandalias, trespuntadas, reatas indígenas con el signo de la paz, candongas de plata, collares de chaquiras y chochos. Y poca, poquísima higiene.

## Un festival sin memoria

Carolo, gestor de toda esa locura, anduvo en la última feria del libro bogotana promocionando su obra *El festival de Ancón, del quiebre histórico a la quiebra histórica*, editado por Lealón. El paquete incluye un disco conmemorativo con las voces que cantaron en Woodstock.

Carlos Bueno O., corresponsable del libro e historiador de Ancón, cuenta que de regreso a Bogotá el rockero Manuel V, o Quinto, líder de los mechudos de la calle 60, santuario del rock capitalino, a quien le habían dado en "cadena de custodia" 400 fotos y transparencias, afiches, volantes y otros materiales, le prendió fuego a la pieza donde vivía. Milagro: él fue "lo" único que sobrevivió, informó la Estación 100 de la Policía.

Tiempo después otro material fue remitido a Canadá. Eran grabaciones en Súper 8, 16 y 35mm. La idea era "traducirlo" todo a Betamax. Tampoco funcionó: el hermano de Carolo, destinatario del archivo, murió. Nunca se supo en qué laboratorio quedó la memoria fílmica. Gringos de la Metro-Goldwyn-Mayer, con león y todo, vinieron a filmar un documental en 35mm. Nunca apareció.

Codiscos llevó equipo de grabación. Según Carlos Bueno, los responsables de esa tarea enloquecieron. Queda la memoria y la amnesia de quienes asistimos, yo en calidad de enviado especial de Todelar y como activista. También sobrevive el libro mencionado, y *El Pellizco*, un cadapuedario que des-orienta Carolo y que aparece cuando Dios quiere.

## Alucinar un festival

Carolo (veintidós años entonces) había estado de peregrinación en Bogotá mercando afiches para su anárquica "Caverna" del pasaje Junín-Maracaibo. El azar lo conectó con el fallecido Humberto Caballero (veinte años), Álvaro Díaz Manrique, Édgar Restrepo Caro (también q.e.p.d.) y Manuel Vicente Peña. Manuel Quinto, también recogido por el silencio y convertido luego en adalid de los choferes no matones y en escritor, fue el único "muerto" de Ancón: una sobredosis de cacao sabanero lo puso fuera de combate durante quince horas.

Terminada la fiesta, Carolo se le acercó y le dijo: "nos vamos, esto se acabó, levántate y anda". Y Manuel "resucitó". Por ese milagro, y el del incendio en el Chapinero bogotano, sus fans han iniciado el proceso de beatificación de Carolo. Rodrigo Maya Blandón está al frente del proceso.

Cuenta otro biógrafo de Ancón, Gustavo Arenas, Doctor Rock, que los colinos bogotanos aterrizaron los ímpetus de Carolo y lo encarilaron. Y hubo un festival donde se dieron cita durante los tres días —según datos del alucinado organizador— entre 200 y 300 mil curiosos: quinceañeras fugadas de la casa, enviados especiales, jipis, go-gós, ye-yés, nombres estos últimos tomados de estribillos de canciones de los Beatles.

Según la letra menuda de Ancón, la primera iluminación sobre el festival la tuvo Carolo en San Andrés en un viaje de ácido. Dice que siguió a pie juntillas ese mandato sicodélico. Una veintena de conjuntos de música colina y de protesta contaminaron el sector. Regular la calidad de la música. A los conjuntos les cambiaban de nombre y de ropa para que regresaran al escenario y prolongaran la velada.

La cuota musical la pusieron bandas como La Gran Sociedad del Estado —que abrió plaza—, Los Monstruos, Flippers, Galaxia, Fraternidad, Blacks Stars, Stone Free, Speakers, Ampex, Yetis, Falcón, Terrón de sueños (y faltan datos de varios municipios).

Cuarenta años después, "nosotros los de entonces que ya no somos los mismos" nos tuteamos con proctólogos, urólogos y demás "ólogos" de la costosa medicina prepagada, y pagamos nuestro entierro en cómodas cuotas mensuales. Empezamos a entender que no somos inmortales como nos creíamos. El bisturí ha cortado apéndices que sobran. Diversas prótesis han remplazado piezas originales. Ennietecemos pacíficamente. Acumulamos tantos almanaques que ya no tenemos necesidad de mentir. Si mucho, aspiramos a merecer el rúlot de "señores".

Gracias Ancón por la conmoción provocada. ☺



Los abuelos que estuvimos en el festival de Ancón bajo cualquier título hace tiempo claudicamos y nos incorporamos —encorbatados— al establecimiento que juramos derribar. Adiós mechas, guitarras eléctricas, olores sospechosos, libros sobre existencialismo sin leer bajo el sobaco, pintas en las que se mecían altaneras flores que eran la marca de fábrica de la época. Es nostalgia vigente la divisa sesentera de paz y amor. También la doctrina tomada del libro del profeta Jack Kerouac, *En el camino*: "Sólo se vive una vez. Vamos a pasarlo bien".

Sobreviven en el cerebro, como pegados con goma, los nombres de quienes se encargaron de ponerle banda musical a esa generación: Joan Baez, Jethro Tull, The Doors, Joe Cocker, Richie Havens, Pink Floyd, Santana, Jimmy Hendrix, Janis Joplin, The Who, Black Sabbath, los divinos Beatles. Quienes nos empantanamos y empapamos en los pequeños diluvios que cayeron sobre ese Woodstock de todo el maíz llamado Ancón, en La Estrella, hace tiempo estamos de regreso al pacífico bolero y al ingenuo bambuco. Para que la claudicación no sea total, mientras el tiempo nos tatúa más y más arrugas en el rostro, les rendimos culto a Mick Jagger y

a los demás eternos Rolling Stones. Seguimos pendientes de la línea poética que tira el septuagenario Bob Dylan, quien empieza a ser eterno candidato al Nobel de literatura.

Los que castigaron el cerebro con LSD, coca, cacao sabanero, hongos, pepas, marihuana y yerbas afines cambiaron de menú. La tribu de entonces se aficionó a la dosis personal de valeriana y similares. La cannabis pasó a ejercer oficios más benévolos, por ejemplo, el de remedio contra la artritis y el reumatismo.

## Ancón, quiebre histórico

Si ponemos a funcionar el espejo retrovisor, encontramos que la jerarquía católica se convirtió en inmejorable jefe de relaciones públicas del festival. La publicidad no costó un peso, así que la entrada, que valía insólitos e incómodos 13,20 pesos, fue a dar al bolsillo de los organizadores, que al final perdieron plata: ¡Cuarenta mil pesos! Hicieron nube los colados y disfrazados de testigos de Jehová para que no los reconocieran en la casa. O en el colegio.

Tulio Botero Salazar, a la sazón arzobispo de Medellín, soltó toda su artillería contra el aquelarre que convocó a figuras del periodismo como Gloria

## Siquiera se murieron

### los abuelos

Ofendidos habitantes del Valle de Aburrá pintaron muros con textos inspirados en el poema de Jorge Robledo Ortiz *Siquiera se murieron los abuelos*. Al lado, los jipis ponían su propia declaración de paz y amor mediante ese "ruido que piensa": la música, la joya de la corona del festival.

Otro que se salió de la cédula fue el director del DAS, Óscar Alonso Villegas. Pese a su inofensivo bigotico de bolelista, les dio 48 horas a los mechudos forasteros para desocupar la "aldehuela", como llamó a Medellín el nadaísta

TEATRO PABLO TOBÓN  
PRESENTA

14 y 15  
de DICIEMBRE

REGALA un LIBRO en NAVIDAD

PERIÓDICO EDITORIAL  
CONCERTOS  
DANZA  
TEATRO CHARLES

HORA: 3:00 PM 10:00 PM  
2013

---

¿Cómo haces esta tarjeta?  
¡es muy fácil!

La plantilla muestra con líneas punteadas los dobles (te puedes ayudar marcándolos con un clip redondeado) y con líneas continuas donde hay que cortar.

1. Dibuja un árbol como lo ves en la imagen, con líneas continuas y punteadas.
2. Dobra la hoja a la mitad.
3. Corta la línea continua, con la forma indicada.
4. Dobra los segmentos cortados hacia un lado.
5. Abre el doblez y empuja los segmentos cortados.
6. Pégale pequeños círculos de papel para decorar el árbol.

Organiza: PABLO TOBÓN Apoyan: CENTRO CULTURAL DE LA PLAZA DE LA LIBERTAD



# EL CAPITÁN FRANCO

El 27 de diciembre de 1951 el ejército colombiano bombardeó con morteros una extensa zona del Suroeste profundo –refugio de la guerrilla liberal–, en una de las operaciones más cruentas de las que se tenga memoria durante la Violencia en Antioquia. Su propósito era matar a un legendario combatiente que firmaba con el título de “Comandante Mayor de las Fuerzas Revolucionarias del suroeste y el occidente de Antioquia. Cuartel General, Comando Pavón. Urrao”. Entre 1949 y 1953 su guerrilla logró el dominio militar de la margen izquierda del río Cauca en Antioquia hasta el alto Sinú, la parte norte del Chocó y poblaciones como Urrao, Betulia, Salgar, Caicedo, Uramita, Dabeiba y Frontino. Miles de muertos en los caminos por defender su vida y la de su gente de la Popol –Policía política–, de los asesinos chulavitas, de “los pájaros” del régimen laureanista. La crueldad chulavita llegaba hasta los límites de la demencia. El terrorismo se apoderó de las tierras y las almas. Era resultado del furor de las pasiones partidistas, atizado desde las tribunas políticas mientras los curas hacían lo propio en los pulpitos. La contienda se sometió al recurso fácil de la retaliación y la venganza.

En los ideales guerrilleros del Comando Pavón tuvieron poca importancia reivindicaciones como la distribución de la tierra, la falta de empleo o los bajos salarios. No dictaron proclamas ni programas, como sí lo hicieron al otro lado del país, en los llanos ensangrentados, sus comandantes amigos, Guadalupe Salcedo, Eduardo Franco Isaza, José Alvear Restrepo, Rosendo Colmenares, Dumar Aljure y Eliseo Velásquez, también levantados contra las torturas, las detenciones ilegales y los asesinatos selectivos y colectivos de esos años de horror.

Juan de Jesús Franco Yepes nació en 1905 en Andes, Antioquia. Trabajó como empleado en la chocolatería Luker, en Coltejer y en Servitax. Era de mediana estatura, robusto, triguño. Vivió en el barrio obrero Quebrada Arriba, en el sector de La Toma en Medellín. Fue sargento del ejército y cabo de la policía. El 7 de agosto de 1950 la sede departamental del liberalismo en Medellín fue allanada ilegalmente, y Franco terminó detenido en las mazmorras del régimen. Este vendedor ambulante de baratijas fue víctima de aquel incidente. De allí su ira. Su rebelión.

Prestó el servicio militar y se retiró en 1926 con el grado de sargento. En 1932 se vinculó a la policía. Cuando ya había estallado la Violencia, mientras prestaba sus servicios como agente en el municipio de Betania, fue sitiado y atacado ante su negativa de perseguir y torturar a los liberales; las bombas y los disparos provenían de las huertas conservadoras dirigidas por el alcalde del pueblo. Logró escapar a Medellín en un bus escalera, y por su militancia liberal fue destituido en junio de 1949.

El 28 de junio de 1950 dio su primer golpe en Orobujo, en el recóndito Suroeste antioqueño. Los llamaron “los paisanos alzados en armas” o “los campesinos enmontados”. Eran gentes del campo, liberales dueños de pequeñas y medianas propiedades, o simplemente desposeídos, arrieros, peones, aserradores y asalariados que decidieron organizarse por cuenta propia para defender la vida; en algunos casos se vincularon a ellos cuadrillas de indígenas con flechas que actuaban al amparo de la madre selva, como en Camparrusia, y hasta algunos soldados desertores y policías destituidos. Franco era autodidacta. Rey entre ciegos.

Hasta el fin de la violencia que enfrentó a los colombianos entre 1948 y 1953, los habitantes de la vereda Pavón en Urrao hicieron lo que no podía hacerse en el resto del país: contrabandearon con el tabaco por cargas, construyeron complejos sistemas de alambiques

para producir tapetusa, no ocultaron su liberalismo y participaron en los distintos levantamientos armados contra los gobiernos conservadores. Franco fue enviado a Pavón por la dirección nacional del Partido Liberal: “Fuimos tantos que nunca llegué a saber cuántos éramos. Lo único cierto fue que jamás nos vencieron”. La pradera está sembrada de cruces. De lo que allí ocurrió son testigos los ríos Penderisco y Pavón, y los viejos guerrilleros liberales que abandonaron las armas en los años cincuenta. Franco ya conocía Pavón, pues cuando era sargento de la policía fue enviado allí para decomisar los alambiques clandestinos o “micos”; allí se hizo amigo de la gente y regresó a Medellín, después de una larga borrachera, con muchas cajas del mencionado licor y, obviamente, sin cumplir su cometido policivo.

El 22 de julio de 1951 perdió la mano izquierda, con la que sostenía un tubo con varias clases de pólvora para fabricar una granada. El 13 de junio de 1953 Rojas Pinilla dio el golpe de estado que removió a Laureano Gómez. El nuevo mandatario planteó la amnistía, que fue acogida por los guerrilleros. “Hubiéramos podido pelear durante diez años. Teníamos capacidad para ello. Quizás no hubiéramos tumbado al gobierno, pero nuestro propósito era mantenerlo en dificultades”, diría Franco años después. Luego de ser detenido en Urrao fue trasladado a Medellín y recluido en la cárcel de La Ladera; más tarde fue llevado a La Picota, en Bogotá, para terminar su peregrinar en la Penitenciaría de Tunja, donde estuvo hasta mayo de 1957, cuando recuperó su libertad. No se le concedió amnistía, pues los decretos del gobierno excluían a quienes hubieran sido integrantes de las fuerzas armadas.

Al quedar libre fue nombrado detective al servicio de la inteligencia del Estado; luego, el gobernador de Antioquia, Alberto Jaramillo Sánchez, lo envió a apaciguar un grupo guerrillero que hacía presencia por los lados del río San Jorge y se resistía a firmar la paz. Terminó defendiendo el bando equivocado. El 29 de junio de 1959 murió en una gresca con sus ex compañeros. Su cuerpo fue traído a Medellín y colocado en cámara ardiente en la sede del Directorio Liberal; luego fue trasladado a Urrao en una caravana que los campesinos salían a saludar en la carretera. La avenida por la que ingresó al pueblo fue bautizada Capitán Franco.

Solo una vez tuvo contacto con la prensa de la época. El periodista Miguel Zapata Restrepo, testigo ático de esa miserable época, escribió que a los conservadores se les fue la mano y a los liberales se les rebotó la taza. Después de las elecciones de 1949 surgió un grupo de hombres implacables que pretendían exterminar hasta la sombra del liberalismo: “En Antioquia la policía se fue infestando de oficiales reclutados entre antiguos cabos y sargentos del ejército que probaban su lealtad al régimen. Los recalzados eran más ardientes y eficaces. La tropa no se podía reclutar entre antioqueños porque entre ellos no han abundado los héroes y además no querían granjearse odios profundos entre amigos y vecinos. Se introdujo la policía chulavita: unos boyacenses que tenían coraje a montones, especie de mercenarios que peleaban por el sueldo y el botín y no tenían ningún arraigo con la tierra que arrasaban. Los liberales determinaron organizar y constituyeron grupos de resistencia que afrontaron una auténtica guerra civil”.

Terminado el periodo presidencial de Mariano Ospina Pérez en 1950, el liberalismo proclamó que las elecciones de noviembre del 49 habían sido una farsa y que el nuevo gobierno era espurio. Era la tesis que justificaba el alzamiento armado. En Antioquia hubo varios focos: el de Pavón con el capitán Franco, el de

Dabeiba y Urabá con el capitán Gordo, el de Camparrusia, en Peque, con el capitán Penagos.

Los caminos los cegaban escopetas de dos cañones. A muchos les llenaron el buche de bolas de cristal porque escaseaban las municiones. El 21 de agosto de 1950 el gobierno de Laureano Gómez designó como gobernador al médico de Sonsón Braulio Henao Mejía. Cuando Gómez tomó posesión como presidente dijo que “somos briznas de yerba en las manos de Dios” –y Braulio Henao podaba los prados y cortaba la yerba. “A principios de 1952 conocí a Franco –dice Zapata Restrepo–. Parecía más un maestro que un capitán. Iba de poncho, con los brazos ocultos. Comprendí que deseaba ocultar el muñón. Mucho más cuando no me tendió la mano. Pensé que un guerrillero recorriendo zonas inhóspitas era doblemente desdichado por su invalidez. El rostro antipático de este hombre fue como una bofetada. Era así por naturaleza. De esos seres que no nacieron para reír. De un moreno indefinido, más a causa del sol de los caminos que por su propia piel. Estatura menos que regular. Muy amplio de omoplatos. Pasado de carnes, en forma que no permitía explicar cómo podía desplazarse por el monte. Miraba de soslayo, sin fijarla en la persona con quien hablaba. Cabellos negros y lacios y un admirable cuello grueso como de toro.

–¿Cómo piensas pasarme al papayo? –me preguntó. –Lo piensas acorrallar hasta que se rinda –respondí. –Si estuviera acorrallado no habría salido de Pavón. Ellos son los que no se atreven a entrar donde nosotros. Muy caro les cuesta cada intento.

–¿Quiénes son ellos? –Los civiles no son enemigos. No han podido enganchar a nadie contra nosotros. Los soldados son muchachos que no pelean. Los que nos dan guerra son los policías. Los chulavitas –la policía conservadora reclutada desde el 9 de abril en la vereda del mismo nombre en Boavita, Boyacá– son guapos, pero muy ladrones. Los oficiales de policía son unos cobardes. No se acercan y procuran estar donde los ampare el ejército. –Dicen que de Medellín le giran mucha plata... –Los jefes de mi partido son unos miserables. Se reúnen todas las noches donde Rafael Pérez. Les dan muy buen trago, comida y baile. A las nueve de la noche empiezan a conspirar y a las once están todos borrachos. Se les olvida que hay un gobierno conservador que está asesinando a los copartidarios en los campos y salen a contar todo lo que charlan a los detectives. Allí van López Pumarejo y otros jefes que llegan de Bogotá y les dicen que nada tienen que ver con Franco y su pandilla porque son unos bandoleros. Así se lo dicen al gobernador para que no tenga desconfianza de ellos. Únicamente dos personas se han tomado el trabajo de estimularnos: Lía Duque de Arango y Froilán Montoya Mazo”.

Este reportaje quedó inédito. La censura del momento impidió su publicación. “Pero obtuve una lección interesante –dice Zapata Restrepo–. Debía seleccionarse la policía para poner punto final a la aberrante contienda. Los móviles eran más económicos que políticos. La estimulaban a la sombra de las influencias, individuos interesados en adquirir a menos precio las propiedades rurales que les atraían. Los que la llevaban a cabo cobraban en especies, arrancadas como pillaje, para mayor escarnio de sus víctimas”. De las guerrillas liberales del capitán Franco se ha dicho que fueron un orden revolucionario en capullo. A diferencia de las guerrillas de los Llanos, cuyas leyes incluían aspectos como el desarrollo económico y la reforma agraria, su radicalismo partidista la privó de contenido social. Lo cierto fue que la disciplina y la efectividad militar, la delimitación de los territorios bajo su influencia, la instauración de autoridades y



por CARLOS BUENO

Ilustración: Mónica Betancourt

grados de mando y el comando central le bastaron al grupo de Franco para alcanzar cierta autonomía organizativa. Para finales de octubre del primer año del gobierno de Rojas Pinilla, cerca de tres mil 500 hombres habían depuesto las armas. Un poco antes, como resultado de la celada tendida por el alcalde, un teniente Mantilla, las tropas del ejército capturaron a Franco y a ocho de sus hombres en una cantina en las goteras de Urrao. Franco fue incomunicado en una celda del Servicio de Inteligencia Colombiano en Medellín. Al año siguiente empezó de nuevo a considerarse que la paz era una ilusión. El rearme tuvo nombre propio con la fase de la Violencia de los pájaros que se prolongaría hasta 1958. Para esta época Franco ya estaba tan lejos de las armas que enviaba una tarjeta con un membrete que decía “Juan de J. Franco, ex guerrillero liberal”.

Y no dejó más que un colofón paradójico y cruel. Algo así marcó el final de los guerrilleros liberales de los años cincuenta del siglo XX. El comandante general de las guerrillas del Llano, Guadalupe Salcedo, quien creyó en la palabra oficial e hizo entrega solemne de las armas, terminó traicionado. El 6 de junio de 1957, cuando se hallaba en la zona industrial de Bogotá, agentes de la policía lo cercaron y le ofrecieron respetarle la vida si se rendía. Con las manos en alto murió acribillado. Hoy es una

leyenda de la Violencia en los Llanos Orientales. La mayoría de los líderes rebeldes creyeron en la buena fe del armisticio y se aprestaron a firmar la paz para regresar a sus hatos. En sentido contrario, Eduardo Franco Isaza, quien pedía garantías para dar este paso, se opuso a la rendición incondicional y a la postre se quedó solo. Fue el único que no se entregó al general Rojas Pinilla y se asiló en Venezuela. Siempre se quejó del abandono en que los jefes del liberalismo dejaron a la guerrilla llanera que ellos mismos habían empujado a la revolución. Murió pacíficamente en Bogotá en 2009.

José Alvear Restrepo, defensor de los derechos humanos, tras la muerte de Jorge Eliécer Gaitán –su amigo y compañero de trabajo, e integrante de los núcleos de intelectuales del movimiento liberal– se adentró en los Llanos Orientales y sistematizó las prácticas democráticas y progresistas de las comunidades llaneras en un documento titulado *La segunda ley del Llano*, donde se sintetizaron las bases del nuevo poder, las formas de administrar justicia, el régimen tributario, la preservación de recursos naturales y las relaciones de igualdad entre hombres y mujeres, entre otros. El 19 de agosto de 1953 murió ahogado en un aparente accidente en el río Meta. Su nombre lo perpetúa hoy un colectivo de abogados defensores de los derechos humanos.

Eliseo Velásquez –‘Cheito’– fue retratado así por su compañero Eduardo Franco Isaza, en su libro *Las guerrillas de los Llanos*: “Ese Velásquez que encarnó en un momento la reacción popular y bajo cuyo nombre se hicieron los primeros, dolorosos y dramáticos intentos de lucha, era un patán. La otra cara de la medalla liberal: por una, entrega, prudencia, legalismo; por la otra, venganza, muerte y saqueo. En el subconsciente de cada liberal había nacido un Eliseo Velásquez, que no quería saber de razones, cálculos y de nada, como no fuera gritar, maldecir, destruir y matar. A medida que la violencia y los métodos fríos y despiadados de los chulavitas crecían en intensidad, la consigna de Velásquez no era sino muerte y reacción”. Refugiado en Venezuela, en 1952 fue pedido en extradición y, en un acuerdo de concesiones mutuas, cuando Velásquez pisó la frontera sucesivas ráfagas de ametralladora destruyeron su cuerpo, y Colombia reconoció los derechos de Venezuela sobre los islotes de Los Monjes.

Dumar Aljure fue sitiado y muerto con toda su familia en San Martín, Meta, por un batallón del ejército en abril de 1968. Con su muerte, dijo el periodista Hernando Martínez, también murieron la leyenda y mito en que lo convirtieron miles de campesinos que llegaron a considerarlo dotado de poderes sobrenaturales, capaz de burlar la muerte, curar cristianos y animales y hacer llo-

ver o irradiar el sol. Era un bandido ya desde 1945. Desertó del ejército con su fusil, prendas de dotación y cuatro hombres, y entró a formar parte del grupo de Guadalupe Salcedo. Luego de la entrega de las armas se despertaron en él apetitos de poder, y comenzó a expropiar tierras, cosechas y ganados e instauró un régimen personalista sustentado en las armas. El 14 de octubre de 1967, en Puerto Limón, asesinó al cantinero Cándido Rodríguez alegando que le había cobrado más de la cuenta. Aljure, ebrio, bañó en cerveza el cadáver de Cándido, lo levantó y bailó con él. Justificado asedio para su aparatosa muerte.

La historia de Rosendo Colmenares está bien contada en el libro de Tulio Bayer *Solo contra todos*, publicado en 2008 por el Instituto Tecnológico Metropolitano de Medellín. El médico Bayer recogió en 1960 sus viejas banderas liberales, pero con otro sentido y otro final. Y el capitán Franco fue ahogado en un río en una disputa menor con sus ex compañeros de armas. Mi amigo R. y su padre Geno, el último arriero, vieron ese día de 1959 su cadáver en el malecón de Montelíbano. Su recua de mulas subió por trechos y bajó tapetusa de Pavón para la felicidad de esos días. Ya lo sabemos. Lo propio de los hombres es el olvido. Ahora entiendo por qué en alguna parte de sus *Antimemorias* André Malraux sentencia que la muerte de un hombre convierte su vida en destino. ☹

Esta es la tercera entrega de una serie sobre amores históricos y literarios. Hemos publicado *David y Betsabé* (UC 31) y *Muhammad y Yadisha* (UC 39). Una lectura fantástica del relato bíblico contenido en 1Re 1-2, y cronológicamente se podría datar cerca del año 970 a. C.

# El ascenso de Salomón

por GUILLERMO VÁSQUEZ

Ilustración: Elizabeth Builes

**D**avid ya estaba viejo y el frío lo hacía tiritar noche y día. Una joven princesa, hija de uno de los más poderosos jeques sometidos al poder del rey hebreo, fue llevada al palacio para dormir en su regazo y darle calor; nunca la conoció, como dicen discretamente las Santas Escrituras de judíos y cristianos. En el harén cundían las intrigas, los celos y la lucha por la sucesión; eunucos, príncipes y princesas, mujeres y suegras, todos conspiraban. Lo mismo pasaba en las dependencias de la administración, que constituían una verdadera burocracia de escribas, archivistas, traductores, consejeros, ministros y embajadores. También en las fortalezas del ejército y entre los sacerdotes que custodiaban el pabellón del Arca de la Alianza se urdían planes de sucesión a veces estrambóticos.

El viejo monarca ya no gobernaba, lo hacían los favoritos y hasta algunas de sus esposas. El reino había crecido hasta ser casi un imperio, a expensas del Egipto decadente y de la naciente Asiria. Filisteos al poniente, en la franja marítima, edomitas al sur, más al sur del Mar de la Sal, amonitas y moabitas al levante, trashumantes amalecitas y hasta arameos de Siria que tenían por capital la bella ciudad de Damasco en su oasis, todos eran vasallos del rey hebreo y le pagaban onerosos tributos. El más grande de los reyes fenicios, el rey Hiram II de la ciudad de Tiro, era su amigo, suegro y aliado; hasta de la lejána Tarsis, de Arabia, y de Micenas llegaban embajadas cargadas de regalos.

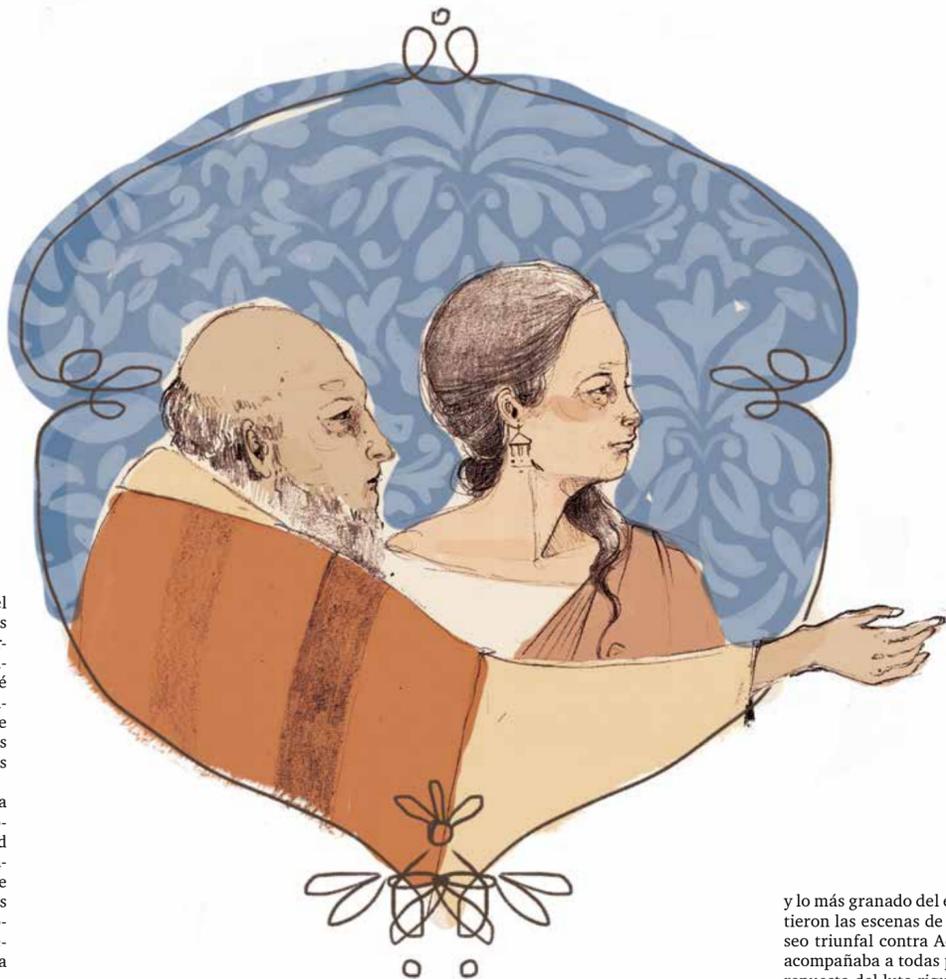
La vieja fortaleza jebusea se había convertido en una ciudad digna de ese apelativo, y el palacio real y sus dependencias, sobre todo el harén, habían crecido mucho. El Arca Santa de la Alianza seguía instalada en su pabellón de pieles como si fuera un templete real. El humo del incienso y de los aromas exóticos, mezclado con el de los sacrificios de miles de animales puros y estrictamente seleccionados, subía hasta el cielo en una columna que, cuando no había vientos ni del levante ni del poniente, parecía unir los cielos con la tierra. David había pedido al rey Hiram madera de cedros del Líbano, y enormes bloques de piedra,

arrastrados desde canteras lejanísimas, se amontonaban a la espera de la prohibida construcción del templete que albergaría el Arca. Jerusalén era el vértice del cielo, el ombligo del mundo, pero el rey tiritaba de frío enroscado a la bella princesa, que trataba de transmitirle su calor casi infantil.

Una mañana de primavera resonaron en las calles de la ciudad las voces que aclamaban a Adonías, hijo de David y una de sus primeras esposas, como el designado sucesor. La noticia cundió por todas partes, de puerta en puerta, de terraza en terraza; causó revuelo y provocó peleas en el harén, alcanzó las fortalezas del ejército, donde se urdieron rebeliones, llegó a oídos del viejo nabi, el profeta Natán, que fue transportado a la capital por varios de sus discípulos en una especie de palanquín. Se organizó el golpe de estado.

En las habitaciones de la Gran Dama reinaba un pesaroso silencio; las criadas quemaban madera de sándalo en los pebeteros y agitaban lentamente los fabelos. Betsabé aspiraba perfume de rosas para calmar su miedo y su cólera. Una esclava descalza entró corriendo: “Mi Señora –le susurró al oído–, quieren hablar contigo el profeta Natán, el gran sacerdote y el comandante del ejército; te piden dejarlos entrar a tus habitaciones. Se han tomado todas las medidas; diez eunucos estarán ocultos entre los tapices para protegerte...”.

Betsabé conservaba gran parte de su belleza; era un poco más corpulenta que cuando David la conoció, pero brillaba su piel de alabastro y refulgían sus ojos de cólera, aunque temblaba de miedo. Afuera se oían los gritos que proclamaban a Adonías rey de Israel. La Gran Dama descendió a la sala que hacía de portería a sus habitaciones. Allí la esperaban los notables del reino, visiblemente conmocionados. Natán, el nabi, habló por los otros: “Gran Señora –dijo, y trató de inclinarse, pero se lo impidieron su espalda ya rígida y los gestos de Betsabé–... Gran Señora: ¡Salva a Israel, salva al rey, salva a tu hijo, sálvate a ti misma, sálvanos a todos nosotros!”. Betsabé preguntó con los ojos, no con palabras articuladas. Y Natán prosiguió: “el rey vive aún, pídele que cumpla sus promesas... ¡Salva a Israel, salva a nuestro rey, sálvate a ti misma y a tu hijo!”. Betsabé seguía muda de miedo, preguntando apenas con sus ojos intensamente verdes. El profeta



impacientes los grandes del reino. El sacerdote y el comandante estaban prostrados en el suelo; Natán, de pie, apretaba en la diestra su nudoso palo para espantar a los perros y a los niños. David ni los dejó saludar; como si por arte de magos regresara a la juventud, ordenó a gritos: “¡Que Salomón, mi hijo, el hijo de mi amada Betsabé, la Gran Dama del reino, sea montado en mi mula y paseado por ustedes mismos, llevando las bridas, por toda la ciudad! ¡Que se le proclame y se le una rey de Israel, que Adonías sea detenido –ya le daré su herencia–, y que todos los presentes vuelvan a darme parte del exitoso cumplimiento de mis órdenes! ¡Es la voluntad del rey! ¡Cumplida!”. Se desplomó enseguida entre los cojines y atrajo hacia sí a la Gran Dama, quien sollozaba. “No llores, Betsabé –le decía tartamudeando–, no llores, amada mía, paloma mía. ¡Ven! ¡Nuestro hijo Salomón reinará! ¡Natán y el sacerdote del Arca lo ungirán!”. Así fue. Salomón recorrió las intrincadas callejuelas de la ciudad montado en la mula de David, engalanada de oro y plata. Natán espantaba a los niños y a los perros con su sola presencia. Los sacerdotes presidían el cortejo tocando sistros, tambores y cuernos. La gente batía ramos de olivo y extendía los mantos para que pasara el rey, el joven y bellissimo hijo de David y Betsabé. Las muchachas arrojaban flores desde los ventanucos, cubriéndose el rostro pero dejando ver sus hermosos ojos, brillantes de dicha y de amor. Joab, el anciano jefe del ejército, llevaba las bridas de la mula. ¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Hosanna! ¡Aleluya! ¡Aleluya! Estos eran los gritos que escuchaba Betsabé desde la terraza a la que se abrían las habitaciones del rey David.

Por su parte, el príncipe Adonías permanecía detenido junto a su madre en una estancia del harén, y sus partidarios, o habían huido hacia Egipto, o se ocultaban en el desierto que rodeaba el Mar de la Sal. Salomón fue llevado a las estancias de su padre, mientras afuera, en los patios del palacio, seguía siendo aclamado con delirio.

“¡Ahora sé hombre! –le dijo David, susurrando– ¡Véngame de mis enemigos, acaba con los que me humillaron cuando la rebelión de tu hermano Absalón! ¡No dejes vivo a ninguno de los sobrevivientes de la casa de Saúl, sería tu perdición! ¡Obedece siempre a tu madre, la Gran Dama! ¡Sé justo con todos y misericordioso con los pobres, cumple la ley del Señor! ¡Busca la paz, mantén unido el reino, respeta las alianzas! ¡Sé hombre!”. Lo atrajo hacia sí y le impuso las manos; le acarició las rubias guedejas, las mejillas, los labios. Lo besó largamente en la frente y expiró besándole las manos. Betsabé sollozaba a los pies de su esposo y de su hijo, el pueblo seguía gritando hosannas y aleluyas, mientras los sacerdotes sacrificaban toros y carneros frente al Arca de la Alianza y el humo subía derecho a los cielos de Yahvé.

Siguió el baño de sangre. Pagaron con sus vidas príncipes y princesas, mujeres del harén, oficiales sospechosos, sacerdotes indecisos, escribas y archivistas, eunucos, esclavos y esclavas, gente del pueblo raso. Algunos embajadores fueron acompañados hasta las fronteras respectivas. Salomón fue ungido solemnemente frente al pabellón del Arca, en presencia del pueblo, los Nebiim –los profetas–

Remington logo and slogan: "Ser Remington, ser Grande".

**Estudia una Tecnología por solo \$162.816\* mensuales**

**En la Remington estudiar está a tu alcance**

**ESTUDIA MIENTRAS TRABAJAS**

**INFORMÁTICA** (SNES: 4116) • **AUDITORIA Y COSTOS** (SNES: 7155) • **GESTIÓN DE MERCADERÍAS** (SNES: 4119) • **CONTABLE Y TRIBUTARIA** (SNES: 11832) • **PROCESOS INDUSTRIALES** (SNES: 11821)

**GESTIÓN EMPRESARIAL Y FINANCIERA** (SNES: 4730) • **HOTELERÍA, TURISMO Y RELACIONES PÚBLICAS** (SNES: 13251) • **DISEÑO GRÁFICO PUBLICITARIO** (SNES: 10291) • **GESTIÓN PÚBLICA** (SNES: 53102)

**GESTIÓN LOGÍSTICA** (SNES: 53399) • **AGROINDUSTRIAL** (SNES: 53520) • **COSTOS Y PRESUPUESTOS** (SNES: 90564) • **DESARROLLO DE SOFTWARE** (SNES: 10291) • **DISEÑO GRÁFICO** (SNES: 10244) • **REGENCIA DE FARMACIA** (SNES: 10251)

**ESPECIALIZACIONES CARRERAS PROFESIONALES TECNOLOGÍAS TÉCNICAS**

Consulta nuestro portafolio de programas en [www.remington.edu.co](http://www.remington.edu.co)

**CORPORACIÓN UNIVERSITARIA REMINGTON**  
RES. 2661 MEN JUNIO 21 DE 1996

Síguenos en [f/URemington](https://www.facebook.com/URemington) @Remington\_Edu

**PBX: (4) 511 10 00**

**Cohete (Del cat. coet)**

- m. Artefacto que se mueve en el espacio por propulsión a chorro y que se puede emplear como arma de guerra o como instrumento de investigación científica.
- m. fest. And. y Mex. Pistola (ll. arma corta).
- m. Mex. Barroco (ll. agujero llevo de materia explosiva)

cohete.net

Una deliciosa muestra de comida gourmet y artesanal preparada con ingredientes naturales.

**f/ElJardinVegetariano**

**366 2289**  
Nueva Villa de Aburrá Cll 32B 81-41

**Vegarden** El Jardín Vegetariano

**AHORA CON DOMICILIOS!!**

**Pulso & Letra** Editores

*El deseo de enfermarse. ¿Por qué enfermamos?*

*Plata Jueco*

[pulsyletraeditores@gmail.com](mailto:pulsyletraeditores@gmail.com) [pulsyletraeditores](https://www.facebook.com/pulsyletraeditores)

**CENTRO UNIVERSINI** 5-50

PRESENTA EN MEDELLIN

AL GRUPO MÁS SABROSO DE LA VÍA LÁCTEA,  
CON SU NUEVO DISCO

La Revancha  
del BURRO

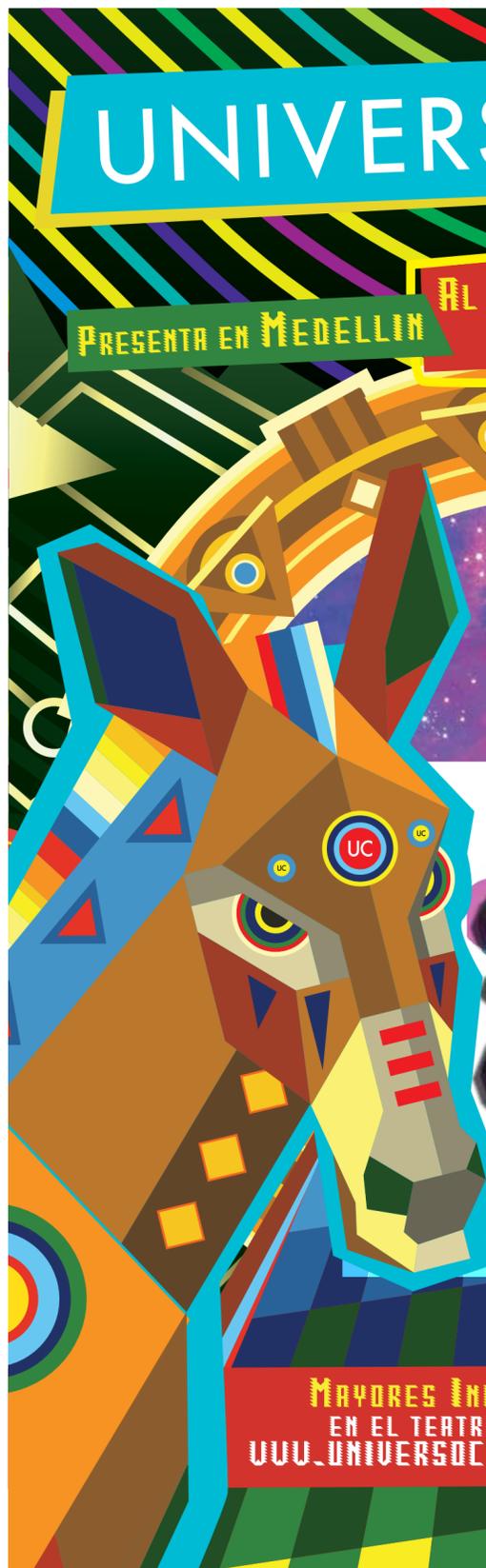
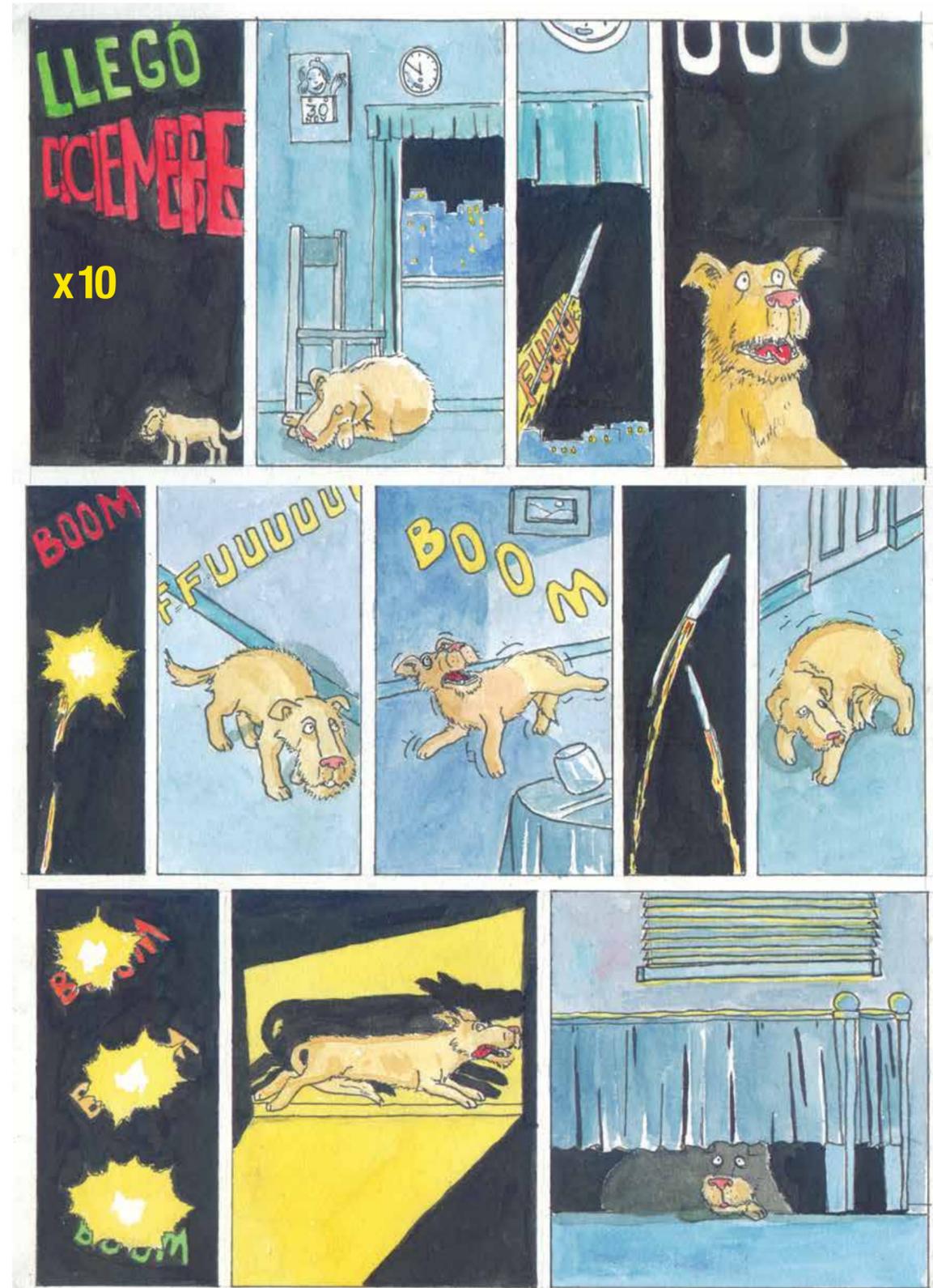
CON USTEDES:

**SYSTEMA SOLAR**

TEATRO PABLO TOBÓN URIBE  
SÁBADO 14 DE DICIEMBRE DE 2013  
8:00 P.M.

ENTRADA LIBRE CON BOLETA

MAYORES INFORMES  
EN EL TEATRO Y EN  
[WWW.UNIVERSOCENTRO.COM](http://WWW.UNIVERSOCENTRO.COM)

ORGANIZAN:



APOYAN:



INVITA:



[www.virginmobile.co](http://www.virginmobile.co)

ENTREGA DE BOLETAS A PARTIR DEL LUNES 9 DE DICIEMBRE EN EL BARR EL GUANÁBANO Y EL TEATRO PABLO TOBÓN URIBE

[www.cinéfagos.net](http://www.cinéfagos.net)

cine colombiano · crítica de cine  
artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas



# • RON MAESTRO GABO •

*Cñejado entre magia y realidad* 

PRESENTAMOS UNA EDICIÓN ÚNICA Y LIMITADA DE UNA MEZCLA DE LOS MEJORES RONES DE 30, 17 Y 12 AÑOS. NUESTRO HOMENAJE A GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ COMO CREADOR LITERARIO, PERIODISTA Y CIUDADANO COMPROMETIDO CON LA EDUCACIÓN Y LA PAZ.



EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD. PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD.